

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS EN MADRID.

LLEVADO Á DOMICILIO.

Un mes	4 rs.
Tres meses.	10
Seis meses.	20
Un año.	38

Se suscribe en Madrid en la Administracion, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

FRANCO DE PORTE

Un año. 48 rs.
Con la facilidad de efectuar el pago en una
dos, tres ó cuatrs veces, anticipado.



«No perdamos tiempo..... habla. (Pág. 130, columna 2.ª).

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion. — Véase el n.º 33, tomo I).

SEGUNDA PARTE.

XLVI.

CURUMILLA.

A fin de esplicar bien al lector la desaparicion milagrosa de doña Rosario, nos vemos precisados á retroceder algun tanto y á volver junto á Curumilla en el momento en que este Ulmen, despues de su conversacion con Trangoil Lanec, se habia consagrado, como un buen sabueso, á buscar la pista de los raptores de la jóven.

Curumilla era un guerrero tan afamado por su

prudencia y su sabiduría en los consejos, como por su valor en los combates.

Despues de pasar el rio, á un peon que le habia acompañado hasta alli le confió su caballo que no solo le era ya inútil, sino que tambien hubiera podido serle perjudicial revelando su presencia con el ruido retumbante de sus herraduras en el suelo.

Los indios son ginetes consumados, pero sobre todo son andarines incansables. La naturaleza ha dotado á sus piernas con una fuerza extraordinaria; poseen en el mas alto grado la ciencia de ese paso gimnástico, firme y cadenciado que de algunos años á esta parte hemos introducido en la marcha de las tropas en Europa, y particularmente en Francia.

Verifican con increíble celeridad escursiones que apenas podrian llevar á cabo ginetes lanzados á rienda suelta, cortando siempre en línea recta, y por decirlo así, á vuelo de pájaro; sin te-

ner en cuenta las innumerables dificultades que surgen delante de ellos, ningun obstáculo alcanza á entorpecer su carrera.

Esta cualidad, que solo ellos poseen, les hace ser temibles, sobre todo para los hispano-americanos, que no pueden alcanzar á esta facilidad de locomocion, y que en tiempo de guerra los encuentran siempre delante de sí en el momento en que menos lo piensan, y esto casi siempre á distancias considerables de los sitios en que deberian hallarse lógicamente.

Curumilla, despues de haber examinado cuidadosamente las huellas que dejaron los raptores, adivinó desde luego el camino que habian tomado y el sitio á que se dirigian.

No se entretuvo en seguirlos, lo cual le habria hecho perder mucho tiempo; por el contrario, resolvió cortarlos y alcanzarlos en un recodo del camino que conocia, y donde le seria fácil encontrarlos y aun quizás salvar á la jóven.

Adoptada esta resolución, el Ulmen emprendió su carrera.

Caminó durante varias horas sin descansar, con los ojos y los oídos en acecho, sondeando las tinieblas, escuchando con suma paciencia los ruidos del desierto.

Estos ruidos, que para nosotros los blancos son letra muerta, para los indios, acostumbrados á interrogarlos, tienen una significación especial cada uno, en la que nunca se equivocan; los analizan, los descomponen, y por este medio llegan á saber con frecuencia cosas que sus enemigos tienen el mayor interés en ocultarles.

Por inexplicable que al pronto parezca este hecho, es muy sencillo.

En el desierto no hay un solo ruido sin causa.

El vuelo de los pájaros, el paso de una fiera, el roce de las hojas, el acto de rodar una piedra á un barranco, la ondulación de la crecida yerba, el estremecimiento de las ramas en los jarales, son para el indio otros tantos datos preciosos.

En cierto sitio que conocía se echó el Ulmen boca abajo detrás de un trozo de roca, y se confundió inmóvil con la yerba y las retamas que había á las orillas del camino.

Así permaneció mas de una hora sin hacer el mas leve movimiento.

Cualquiera que le hubiese visto, le habría tomado por un cadáver.

El oído ejercitado del indio, que permanecía en acecho, percibió al fin el ruido sordo de las herraduras de las mulas y los caballos que golpeaban la piedra seca y sonora. El ruido se acercó cada vez mas. Muy luego, á cierta distancia de la roca, detrás de la cual se había emboscado, vió el Ulmen unos veinte ginetes que caminaban lentamente entre la sombra.

Los raptos, tranquilos por su crecido número y creyéndose al abrigo de todo peligro, caminaban con la mas completa seguridad.

El indio levantó muy despacio la cabeza, se apoyó sobre las manos, los siguió ávidamente con la mirada y esperó.

Pasaron sin verle.

A algunos pasos á retaguardia de la tropa, iba un ginete como siguiendo lentamente el paso cadencioso de su caballo. Su cabeza se inclinaba á veces sobre el pecho, y su mano sujetaba débilmente las riendas.

Era evidente que aquel hombre iba durmiendo.

Una idea súbita cruzó cual un relámpago por la mente de Curumilla.

Recogiéndose sobre sí mismo, encogió sus piernas de hierro, y saltando como un tigre cayó sobre la grupa del ginete.

Antes de que este, sorprendido por aquel ataque imprevisto, tuviese tiempo para lanzar un solo grito, le oprimió la garganta de modo que le puso provisionalmente en la imposibilidad de pedir auxilio.

En un abrir y cerrar de ojos puso al ginete una mordaza y le echó al suelo. Luego, apoderándose del caballo, Curumilla le ató á un matorral y volvió junto á su prisionero.

Este, con el valor estóico y desdeñoso peculiar de los aborígenes de América, viéndose vencido, no intentó una resistencia inútil. Miró á su vencedor con una sonrisa de desprecio; y aguardó á que este le dirigiese la palabra.

— ¡Oh! dijo Curumilla, quien al inclinarse sobre él, le conoció, ¡Juan!.....

— ¡Curumilla! contestó el otro.

— ¡Malo! murmuró el Ulmen para sí; hubiera preferido que fuese otro. ¿Qué hace mi hermano en este camino? preguntó en alta voz.

— ¿Qué le importa eso á mi hermano? dijo el indio, contestando á una pregunta con otra.

— No perdamos un tiempo precioso, repuso el jefe desvainando su cuchillo, que hable mi hermano.

Juan se estremeció. Un temblor de espanto recorrió todos sus miembros al ver el brillo azulado de la hoja larga y afilada del cuchillo.

— Que interrogue el jefe, dijo con voz ahogada.

— ¿A dónde va mi hermano?

— A la toldería de san Miguel.

— Bueno. ¿A qué va mi hermano allá?

— A entregar en manos de la hermana del gran Toquí una mujer de quien esta mañana nos apoderamos en una malocca.

— ¿Quién le ha ordenado ese raptó?

— La mujer con quien vamos á reunirnos.

— ¿Quién dirigía esa malocca?

— Yo.

— Bueno. ¿Dónde aguarda esa mujer á la prisionera?

— Ya se lo he dicho al jefe, en la toldería de san Miguel.

¿En qué casa?

— En la última, que está algo separada de las demás.

— Bien; que mi hermano cambie de poncho y de sombrero conmigo.

El indio obedeció sin hacer observación alguna.

Cuando el cambio se hubo verificado, Curumilla repuso:

— Podría matar á mi hermano, y aun la prudencia exigiria que así lo hiciese; pero ha entrado la compasión en mi pecho. Juan tiene mujeres é hijos, es uno de los guerreros mas valientes de su tribu; si le dejo la vida, ¿me estará agradecido?

El indio creía morir; estas palabras le restituyeron la esperanza. En el fondo no era un malvado; Curumilla le conocía bien y sabía que podía contar con su promesa.

— Mi padre tiene mi vida entre sus manos, contestó Juan; si no la toma hoy, quedaré siendo su deudor y á una seña suya correré en busca de la muerte.

— Muy bien, dijo Curumilla volviendo á colocar su cuchillo en la cintura; mi hermano puede levantarse; un jefe tiene su palabra.

El indio se puso en pié de un salto y besó con frenesí la mano del hombre que le perdonaba.

— ¿Qué manda mi padre? dijo.

— Mi hermano va á trasladarse apresuradamente á la toldería que los huincas llaman Valdivia. Irá á buscar á D. Tadeo, el Aguila Grande de los blancos, y le referirá lo que ha pasado entre nosotros, añadiendo que salvaré á la prisionera ó moriré.

— ¿Es eso todo?

— Sí. En caso de que el Aguila Grande necesite de los servicios de mi hermano, se pondrá á su disposición sin vacilar. Adios; que Pillian guie á mi hermano, y que este se acuerde de que no he querido tomar su vida que me pertenecía.

— Juan se acordará, contestó el indio.

A una seña de Curumilla se bajó al suelo, se introdujo entre la yerba, se arrastró como una serpiente y desapareció en dirección de Valdivia.

El jefe sin perder un instante montó á caballo, le clavó la espuela y no tardó en reunirse con la pequeña tropa de los raptos, que continuaban caminando pacíficamente sin sospechar la sustitución que acababa de verificarse.

Curumilla fué quien al trasladar á la jóven al cuarto de la casa, murmuró junto á su oído:

— ¡Esperanza y valor!

Estas tres palabras fueron las que avisándola de que un amigo velaba por ella, la habían restituido las fuerzas necesarias para la lucha que la amenazaba.

Después de la llegada inopinada de Antinahuel, cuando por orden de doña María Curumilla hizo salir á la prisionera, en vez de conducirla al cuarto en que primitivamente había esperado, la echó un poncho sobre los hombros con el fin de disfrazarla, y la dijo en voz baja:

— Sígame V. y camine atrevidamente, que voy á intentar salvarla.

La jóven vaciló. Temía que la tendiesen un lazo.

El Ulmen la comprendió.

— Soy Curumilla, repuso rápidamente, uno de los ulmenes adictos á los franceses, amigos de D. Tadeo.

Doña Rosario se estremeció imperceptiblemente.

— Ande V., contestó con voz firme. Suceda lo que quiera, le seguiré.

Salieron de la choza.

Los indios, dispersos en diferentes puntos, no repararon en ellos. Hablaban entre sí de los acontecimientos del día.

Los fugitivos caminaron durante diez minutos sin hablar una palabra.

Muy luego se perdió la aldea entre la oscuridad de la noche.

Curumilla se detuvo.

Dos caballos ensillados y con los frenos puestos estaban atados á un matorral.

— ¿Se siente mi hermana con bastantes fuerzas para montar á caballo y dar una carrera rápida y larga? dijo el indio.

— Por librarme de mis perseguidores, contestó la jóven con voz entrecortada, me siento con fuerzas suficientes para hacer todo lo que sea necesario.

— Bueno, dijo Curumilla; mi hermana es valiente; su Dios la ayudará.

— Solo en él he fundado mi esperanza, dijo doña Rosario suspirando tristemente.

— Pues á caballo, y marchemos, que los minutos son siglos.

Montaron precipitadamente, soltaron las riendas á sus caballos, y partieron con estremada rapidez, sin que el ruido de sus pasos resonase en la tierra.

Curumilla había envuelto los piés de los caballos con pedazos de piel de carnero.

La jóven no pudo contener un suspiro de felicidad al sentirse libre bajo la protección de un amigo fiel.

Los fugitivos corrian á escape tendido en una dirección diametralmente opuesta á la que debían seguir para regresar á Valdivia. La pruden-

cia exigía que no emprendiesen todavía un camino en que, según todas las probabilidades, sería donde primero los buscasen.

XLVII.

EN EL CABILDO.

Después de la partida de Valentin y de Trangoil Lanec, D. Gregorio Peralta había prodigado á su amigo los cuidados más solícitos.

D. Tadeo, naturaleza esencialmente enérgica, vencido un momento por una emoción terrible, superior á todas las fuerzas humanas, no tardó en volver en sí.

Al abrir los ojos dirigió una mirada desesperada en torno suyo. Entonces, aclarándose los recuerdos en su cerebro, dejó caer agobiado su cabeza entre las manos, y se abandonó á su dolor durante algunos minutos.

D. Gregorio, tan luego como vió que sus cuidados no eran ya necesarios, con ese instinto innato en todas las organizaciones privilegiadas, comprendió que un dolor inmenso necesitaba una soledad completa, y se retiró sin que su amigo reparase en su salida.

Se dice y se repite hasta la saciedad, que las lágrimas alivian, que hacen provecho. Esto puede ser cierto respecto de las mujeres, naturalezas nerviosas é impresionables cuyo dolor se escapa con frecuencia entre las lágrimas, y que cuando estas se han secado, sienten sorpresa al verse consoladas.

Pero si las lágrimas son provechosas para las mujeres, lo cual admitimos con facilidad, en cambio certificamos que hacen sufrir horriblemente á los hombres.

En el hombre las lágrimas son la expresión de su impotencia, de la imposibilidad contra la cual se estrella la voluntad más implacable como una paja endeble.

El hombre fuerte que llega á estar reducido á llorar, se confiesa vencido; sucumbe bajo el peso de la desgracia, le es imposible sostener ya por más tiempo la lucha. Por eso las lágrimas que derrama vuelven á caer gota á gota sobre su corazón, y le abrasan cual plomo derretido.

¡Llorar, es el suplicio más espantoso á que puede estar condenado el hombre de corazón y de inteligencia!

D. Tadeo lloraba.

D. Tadeo, el Rey de las Tinieblas, que cien veces había mirado á la muerte cara á cara sonriendo! que vivía por un milagro!

Él, cuya voluntad de hierro había destrozado tan rápidamente cuanto se había opuesto á la ejecución de sus proyectos; él, que con una palabra, con un gesto, con fruncir el entrecejo, gobernaba á millares de hombres doblegados bajo su capricho. ¡Aquel hombre lloraba!

¡Estaba allí, débil é inerte, sin fuerzas y sin valor, llorando como un niño!

¡Lanzando rugidos de fiera que amenazaban con hacer estallar su pecho, obligado á reconocer, en fin, que existe solamente una voluntad suprema que manda, una fuerza única, la de Dios!

Pero D. Tadeo no era uno de esos hombres á quienes el dolor, por intenso que sea, puede abatir por mucho tiempo. Apretando con rabia los puños en sus ojos abrasados por la fiebre, se enderezó altivo y terrible, y exclamó:

—¡Oh! aun no ha concluido todo!

Pasándose entonces la mano por su frente inundada de frío sudor, añadió:

—¡Valor! tengo que salvar á todo un pueblo antes de pensar en mi hija. Las afecciones de familia tienen que quedar en segundo lugar respecto de los deberes del hombre de Estado. Continuemos el oficio de dictador.

Dió una palmada.

Entró D. Gregorio.

Con una sola mirada vió los destrozos que el dolor había hecho en el alma de su amigo; pero conoció también que el Rey de las Tinieblas había vencido al padre.

Eran próximamente las siete de la mañana.

Los pretendientes llenaban ya todas las salas del cabildo.

—¿Cuáles son las intenciones de V. respecto del general Bustamante? preguntó D. Gregorio.

D. Tadeo estaba sereno, frío, impasible; las huellas de la emoción habían desaparecido de su semblante, que tenía la blancura y la rigidez del mármol.

Sentado junto á una mesa en la cual golpeaba distraídamente con un cuchillo de madera, escuchó aquella pregunta con ese aire preocupado del hombre absorto en serias reflexiones.

—Amigo mío, contestó; ayer, por un medio que deploro, puesto que costó la vida á mucha gente, salvamos la libertad de nuestro país próxima á perecer, y aseguramos la estabilidad de su gobierno. Pero, si gracias á V. y á los patriotas adictos que han peleado al lado nuestro, he derribado al general Bustamante y aniquilado sus ambiciosos proyectos, no por eso he ocupado su lugar. Si yo lo hiciese, sería á mi vez un traidor, y mi país no se hubiera librado de un peligro sino para caer en otro cuando menos tan grande.

—Pero V. es el único hombre que....

—No diga V. eso, exclamó D. Tadeo interrumpiéndole con viveza; no me reconozco con derecho alguno para imponer á mis conciudadanos ideas y miras que pueden ser muy buenas, al menos así lo creo; pero que tal vez no sean las suyas. El hombre que quería avasallarnos está por tierra; su tiranía no pesa ya sobre nosotros, y he terminado el desempeño de mi papel. Debo dejar que el pueblo, del cual me honro con ser uno de los miembros más oscuros, ejerza el derecho de designar libremente al hombre que en lo sucesivo ha de velar por sus intereses y ha de gobernarlos.

—¿Y quién le dice á V., amigo mío, que ese hombre no será V.?

—¡Yo! contestó D. Tadeo con voz firme.

D. Gregorio hizo un gesto de sorpresa.

—¿Le sorprende á V., no es verdad, amigo mío? Pero ¿qué quiere V.? así es. Ayer despaché correos extraordinarios en todas direcciones, con el fin de que nadie se equivocase acerca de mis intenciones. Solo aspiro á dejar esta carga harto pesada para mi débil mano, y á volver á la vida privada de que quizás no debí salir, añadió con una sonrisa de pesar.

—¡Oh! no hable V. así, D. Tadeo, exclamó D. Gregorio con viveza. Ha conquistado V. la gratitud del pueblo para siempre.

—Todo eso es humo, amigo mío, contestó D. Tadeo con ironía. ¿Sabe V. si el pueblo está

contento con lo que he hecho? quién le prueba á V. que no prefería su esclavitud? ¡El pueblo, amigo mío, es un niño grande á quien siempre han manejado con vanas palabras, y que nunca tiene elogios más que para sus opresores, ni estatuas más que para sus tiranos!.... Concluyamos, mi resolución está adoptada y nadie podrá variarla.

—Pero.... quiso añadir D. Gregorio.

D. Tadeo le detuvo con un gesto.

—Ni una palabra más. Para ser hombre de Estado, dijo, es preciso caminar solo por la vía que uno se ha trazado, no tener hijos ni parientes, ni amigos; no ver en los hombres sino los peones de un estenso tablero de ajedrez; en fin, no sentir latir el corazón; pues de no ser así, llega un momento en que, ora por cansancio, ora por cualquiera otra causa, escucha uno, á pesar suyo, los latidos de ese corazón, y entonces es uno hombre perdido. El que está en el poder no debe tener de humano más que la apariencia.

—¿Qué quiere V. hacer?

—En primer lugar enviar al general Bustamante á Santiago. Aunque ese hombre haya merecido la muerte, no debo tomar sobre mí la responsabilidad de su sentencia.

Bastante sangre se derramó ayer por orden mía. Marchará mañana con el general Cornejo y el senador Sandias. Esos dos personajes no le dejarán escapar, porque tienen mucho interés en que guarde silencio. Además irán bastante bien escoltados para estar al abrigo de un golpe de mano, si sus partidarios, lo que no creo, intentasen librarle.

—Las órdenes de V. se ejecutarán puntualmente.

—Son las últimas que recibirá V. de mi boca, amigo mío.

—¿Por qué?

—Porque hoy mismo entregaré á V. el poder.

—Pero.... amigo mío....

—Ni una palabra más, se lo ruego; estoy resuelto. Ahora acompañeme V. al lado de ese pobre joven francés que tan noblemente, y con peligro de su vida, defendió á mi desgraciada hija.

D. Gregorio le siguió sin contestar.

El conde de Prebois-Crancé, con arreglo á las instrucciones de D. Gregorio, había sido colocado en una habitación en la que se le prodigaron los cuidados más solícitos.

Su estado era en extremo satisfactorio, pues exceptuando una gran debilidad, se sentía mucho mejor.

La visita de D. Tadeo le agradó en extremo.

Trangoil Lanec no se había equivocado. Por una casualidad milagrosa los puñales no habían hecho más que deslizarse en la carne, y solo la hemorragia causaba la debilidad que sentía el joven cuyas heridas comenzaban ya á cerrarse, y que al cabo de dos ó tres días cuando más podría emprender de nuevo su método de vida habitual.

D. Luis, por una especie de bravata propia en cierto modo de su carácter, estaba vestido recostado en un gran sillón y leyendo, cuando D. Tadeo y D. Gregorio penetraron en su habitación.

D. Tadeo se acercó á él con viveza y le estrechó la mano.

—¡Amigo mío! le dijo con vehemencia, Dios

es quien ha echado á VV. en mi camino. Apenas hace algunos meses que les conozco, y ya he contraído para con VV. dos, y sobre todo para con V., esas deudas sagradas que nunca puede uno llegar á pagar.

Al oír estas palabras afectuosas, los ojos del jóven brillaron; una sonrisa de placer arqueó sus labios, y un rubor leve tiñó sus pálidas mejillas.

—¿Por qué dar tanto valor á lo poco que he podido hacer, D. Tadeo? dijo. ¡Ay Dios! hubiera dado mi vida por conservar á V. á doña Rosario.

—Ya la encontraremos, dijo D. Tadeo energicamente.

—¡Oh! si yo pudiese montar á caballo! exclamó el jóven, ya estaria siguiendo sus huellas.....

En aquel momento se abrió la puerta, y un peon dijo algunas palabras en voz baja á don Tadeo.

—¡Que entre, que entre! exclamó este con agitacion.

Y volviéndose hácia Luis que le miraba sorprendido, añadió:

—Vamos á tener noticias.

Entró un indio.

Este indio era Juan, el hombre á quien Curumilla no habia querido dar muerte.

XLVIII.

JUAN.

El traje miserable que cubria el cuerpo del indio estaba manchado de barro, y desgarrado por las espinas y las zarzas.

Se conocia que acababa de hacer una caminata precipitada por entre los jarales y por senderos espantosos.

Saludó á las personas en cuya presencia se encontraba con una gracia modesta, cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó impasiblemente á que le interrogasen.

—¿Pertenece mi hermano á la valiente tribu de las Serpientes Negras? le preguntó D. Tadeo.

El guerrero hizo con la cabeza una seña afirmativa.

D. Tadeo conocia á los indios. Habia vivido mucho tiempo entre ellos y sabia que no hablan sino en caso de absoluta necesidad. Así, pues, no le estrañó aquel silencio.

—¿Cómo se llama mi hermano? repuso.

El indio levantó altivamente la cabeza y dijo:

—Juan, en memoria de un guerrero de los rostros pálidos, que se llamaba así y á quien di muerte en una *malocca*.

—¡Bueno! repuso D. Tadeo con triste sonrisa; mi hermano es un jefe afamado en su tribu.

Juan se sonrió con orgullo.

—Mi hermano viene de su aldea, sin duda; tendrá que tratar de asuntos con los rostros pálidos y me pide que le administre justicia igual que á aquellos con quienes ha tratado.

—Mi padre se equivoca, contestó el indio con voz breve; Juan no es un huiliche, sino un guerrero puelche; mi padre lo sabe. Juan no reclama auxilio de nadie: cuando le insultan, su lanza sabe vengarle.

D. Gregorio y Luis escuchaban con curiosidad aquella conversacion, de la que no entendian una sola palabra, porque todavia no adivinaban á donde queria ir á parar D. Tadeo.

—Perdóneme entonces mi hermano, dijo; sin embargo, debe tener una razon para presentarse á mi.

—Tengo una, dijo el indio.

—Entonces, que se explique mi hermano.

—Contesto á las preguntas de mi padre, dijo Juan inclinándose.

Los araucanos son así. Por grave que sea la mision que se les haya confiado, aun cuando su retraso hubiese de causar la muerte de un hombre, nunca se resolverian á hablar con claridad ni á dar cuenta de su encargo, á no ser que se les interrogue y se logre, á fuerza de destreza, hacerles explicarse.

De seguro que lo que mas deseaba Juan era decirlo todo, y se habia dado mucha prisa con la intencion de llegar lo mas pronto posible; pues á pesar de eso, solo se dejaba sacar las palabras de la boca una por una y como con pesar.

Este hecho podrá parecer extraordinario é incomprendible; pero, sin embargo, es de la mas escrupulosa exactitud. Nosotros mismos hemos sido testigos, y aun muchas veces víctimas, en casos iguales, durante la permanencia algo forzosa que hicimos en Araucania. D. Tadeo conocia al hombre con quien tenia que habérselas.

Un presentimiento secreto le advertia que aquel hombre era poseedor de una noticia importante. No se arredró y prosiguió en sus preguntas.

—¿De dónde viene mi hermano?

—De la tolteria de san Miguel.

—¿Hay mucha distancia de allí aquí? ¿Hace mucho tiempo que mi hermano se puso en camino?

—*Keyen* (la luna) iba á desaparecer detrás de las cumbres de las altas montañas y el *Poronchoyké* (la cruz del Sur) derramaba solo su resplandeciente claridad sobre la tierra en el momento en que Juan comenzó su viaje para trasladarse junto á su padre.

Hay cerca de diez y ocho leguas desde la aldea de san Miguel á Valdivia.

A D. Tadeo le causó sorpresa tan gran diligencia, y esto le confirmó mas aun en la opinion que tenia de que el indio era portador de noticias de la mayor importancia.

Tomó de sobre una mesa un vaso, le llenó hasta el borde de aguardiente de *pisco* y le ofreció al mensajero diciéndole con voz afectuosa.

—Beba mi hermano este *coui* de agua de fuego. Probablemente el polvo del camino pegado á su paladar será lo que le impide hablar con tanta facilidad como desearia. Despues que haya bebido, su lengua estará mas suelta.

El indio se sonrió. Sus ojos brillaron de codicia; tomó el vaso y le vació de un trago.

—Bueno, dijo haciendo sonar su lengua y dejando el vaso sobre la mesa; mi padre es hospitalario, y es verdaderamente el Aguila Grande de los blancos.

—¿Viene mi hermano de parte del jefe de su tribu? repuso D. Tadeo que no perdía de vista el objeto á que tendia.

—No, contestó Juan; Curumilla es quien me envia.

—¡Curumilla! exclamaron los tres hombres con un estremecimiento involuntario.

D. Tadeo respiró. Estaba ya en la senda que queria.

—Curumilla es mi penni, dijo; ¿nada desagradable le ha sucedido?

—Hé aquí su poncho y su sombrero, repuso Juan.

—¡Cielos! exclamó Luis; ¿ha muerto?

D. Tadeo sintió que su corazon se oprimia.

—No, dijo el indio; Curumilla es un Ulmen, es valiente y sábio; Juan habia robado á la jóven virgen pálida de los ojos azules; Curumilla podia dar muerte á Juan; no ha querido hacerlo, y ha preferido convertirle en amigo suyo.

Los blancos escuchaban con curiosidad estas palabras. No obstante su oscuridad, eran empero bastante claras para que comprendiesen que el jefe indio estaba ya en la pista de los raptos.

—Curumilla es bueno, contestó D. Tadeo; su corazon es grande y su alma no es cruel.

—Juan era el jefe de los que robaron á la jóven blanca; Curumilla ha cambiado de traje con él, repuso sentenciosamente el indio y ha dicho á Juan: «Vé á buscar al Aguila Grande de los blancos, y dile que Curumilla salvará á la jóven virgen ó perecerá.» Juan ha venido sin parar, aunque el camino era largo.

—Mi hermano ha obrado bien, dijo D. Tadeo estrechando con fuerza la mano del indio, cuyo rostro se puso radiante de júbilo.

—¿Está contento mi padre? dijo; tanto mejor.

—Mi hermano habia robado á la jóven pálida, repuso D. Tadeo; ¿le habian pagado bien para eso?

El indio se sonrió y dijo:

—La Yegua Grande de los ojos negros es generosa.

—Ya lo sabia yo, exclamó D. Tadeo. ¡Siempre esa mujer! siempre ese demonio! ¡Oh! ¡Doña María, tenemos que arreglar una cuenta terrible!

Por fin sabia todo lo que deseaba conocer.

Luis se levantó penosamente del sillón sobre el cual estaba tendido, y acercándose á D. Tadeo le dijo con voz temblorosa de emocion.

—Amigo mio, es preciso salvar á doña Rosario.

—Gracias, le contestó D. Tadeo; gracias por la abnegacion de V., amigo mio; pero ¡ay Dios! está V. débil, herido, casi moribundo.

—¡Qué importa! exclamó el jóven con vehemencia; aunque haya de perecer en la empresa, juro á V., D. Tadeo de Leon, por el honor de mi nombre que no descansaré hasta tanto que doña Rosario esté libre y al lado de V.

D. Tadeo le obligó á volverse á sentar.

—Amigo mio, le dijo, tres hombres decididos están ya siguiendo los pasos de los raptos de mi hija.

—¡La hija de V! exclamó Luis con una sorpresa mezclada de placer.

—¡Ay Dios! Sí, amigo mio, mi hija. ¿Por qué he de tener secretos para V.? Ese ángel de los ojos azules, á quien dos veces ha intentado V. salvar, es mi hija, es la única felicidad, es la única alegría que me queda en el mundo.

—¡Oh! la encontraremos! es preciso! repuso Luis con fuerza.

D. Tadeo, entregado por entero á la emocion que le agitaba, no reparó en el apasionado acento del conde.

Este se habia levantado; no obstante los dolores que sentia, parecia que habia recuperado repentinamente las fuerzas.

—Amigo mio, continuó D. Tadeo, los tres hombres de quienes hablo á V., están intentando en este momento librar á la pobre niña. No vayamos á entorpecer sus planes, pues acaso les perjudicaríamos. Cuéstemelo que quiera, debo esperar.

D. Luis hizo un movimiento de impaciencia.

—Sí; comprendo á V.; esa inacción le pesa; pero ¿cree V. que no destroza también ¡ay Dios! mi corazón de padre? D. Luis, padezco tormentos espantosos. Todo se desgarró en mí con el pensamiento de la situación terrible en que se encuentra la que tan querida es para mí; pero comprendo que las tentativas que hiciese yo, serían más bien perjudiciales que útiles para su salvación, y me resigno derramando lágrimas de sangre á no intentar paso alguno.

—Es verdad, dijo el herido; ¡es preciso aguardar.... aguardar, Dios mio! y cuando ella sufre, cuando acaso nos esté llamando! ¡Oh! es horrible! pobre padre! pobre hija!

—Sí, dijo D. Tadeo con voz débil; ¡compadézcame V., amigo mio, compadézcame V.!

—Sin embargo, repuso el francés, esta inacción no puede durar. Ya lo ve V., estoy fuerte para andar; estoy convencido de que me tendría con facilidad á caballo.

D. Tadeo se sonrió.

—Es V. un héroe, tanto por su corazón como por su abnegación, amigo mio. No sé como dar á V. gracias. Me restituye el valor, y hace de mí un hombre casi tan resuelto como V.

—¡Oh! tanto mejor, si V. recobra la esperanza, contestó Luis, quien se había ruborizado al oír las palabras de su amigo.

D. Tadeo se volvió hacia Juan.

—¿Se queda mi hermano? dijo.

—Estoy á las órdenes de mi padre, replicó el indio.

—¿Puedo fiar en mi hermano?

—Juan no tiene más que un solo corazón y una vida, y ambos pertenecen á los amigos de Curumilla.

—Mi hermano ha hablado bien y le estaré agradecido.

El indio se inclinó.

—Que vuelva mi hermano aquí al tercer sol y nos guiará para seguir la pista de Curumilla.

—Al tercer sol Juan estará dispuesto.

Y saludando con nobleza á los tres personajes, el indio se retiró para disfrutar algunas horas de un descanso que le era indispensable después de la marcha forzada que había hecho.

—D. Gregorio, repuso el dictador dirigiéndose á su lugar-teniente, no mandará V. al general Bustamante á Santiago, sino dentro de tres días. Me uniré con la escolta hasta el punto en que la carretera forma una horquilla con el camino de San Miguel. Esos tres días le son á V. indispensables, dijo á Luis sonriendo, pues no sabemos cuales son los peligros y las fatigas que nos esperan en el viaje que vamos á emprender, y es preciso, amigo mio, que se halle V. en estado de soportarlos.

—¡Aguardar todavía tres siglos! murmuró el joven con profundo pesar.

XLIX.

LA CAZA.

Volvamos al lado de Curumilla.

La noche estaba en extremo oscura.

Los fugitivos, inclinados sobre el cuello de sus caballos, á los que escitaban con el gesto y con la voz, corrían á rienda suelta hacia un bosque cuyos sombríos contornos se destacaban en el horizonte; pero los interminables rodeos del sendero que se veían obligados á seguir, parecía que les alejaba del objeto á que tendían.

Si llegaban al bosque estaban en salvo.

Reinaba en el desierto un silencio mortal.

En ciertos intervalos el viento del otoño silbaba tristemente por entre los árboles, y en cada ráfaga cubría á los viajeros con una lluvia de hojas secas.

Los fugitivos galopaban sin pronunciar una palabra, sin mirar atrás, con los ojos fijos en el bosque, cuyos primeros árboles se acercaban incesantemente, pero que aun estaban bastante lejos.

De pronto cruzó el espacio el relincho sonoro de un caballo, cual un lúgubre toque de clarín.

—¡Estamos perdidos! exclamó Curumilla con desesperación, nos siguen!

—¿Qué harémos? replicó doña Rosario con ansiedad.

Curumilla no contestó; reflexionaba.

Los caballos seguían corriendo.

—Aguarde V., dijo el Ulmen.

Y paró á los dos caballos.

La joven le dejó que obrase á su antojo. Hacia algunas horas que ya no vivía más que como en un sueño, y creía ser presa de una pesadilla horrible.

El indio la hizo echar pié á tierra.

—Tenga V. confianza en mí. Todo lo que pueda hacer un hombre, lo intentaré yo por salvar á V.

—Lo sé, contestó ella afectuosamente, y suceda lo que quiera, amigo mio, doy á V. gracias.

Curumilla la cogió en sus brazos y se la llevó con tanta facilidad como si solo hubiese llevado á un niño.

—¿Por qué me lleva V. así? le preguntó la joven.

—Para que no haya huellas, contestó Curumilla.

La colocó en el suelo con la mayor precaución al lado de un árbol.

—Este árbol está hueco, mi hermana se ocultará dentro de él y no se moverá hasta que yo vuelva.

—¿Me abandona V.? dijo la joven llena de espanto.

—Voy á hacer una pista falsa, dijo; pronto volveré.

La joven vaciló, porque tenía miedo. Encontrarse así sola, abandonada en el desierto, en la mitad de la noche..... esta alternativa le producía un estremecimiento de terror que no podía reprimir.

Curumilla adivinó lo que pasaba en su mente.

—Es nuestra única probabilidad de salvación, dijo con tristeza; si mi hermana no quiere, me quedaré, pero ella se perderá y no será la culpa de Curumilla.

La lucha ejercita la voluntad, hace circular la sangre con más rapidez. Doña Rosario no era una de esas jóvenes débiles y melindrosas de nuestras grandes ciudades europeas, plantas agostadas antes de florecer. Criada en las fron-

teras indias, la vida del desierto nada nuevo tenía para ella, pues muchas veces, en partidas de caza, se había encontrado en situaciones próximamente análogas; así, pues, se hallaba dotada de una alma fuerte, de un carácter enérgico, y comprendía que debía ayudar todo lo posible á aquel hombre que se sacrificaba por ella, y no imposibilitarle en su tarea tan difícil ya de suyo.

Adoptó su resolución con la rapidez del rayo, se reveló contra el terror que se había apoderado de su mente, superó su debilidad y contestó con voz enérgica:

—Haré lo que desea mi hermano.

—¡Bueno! contestó el indio; que se esconda mi hermana.

Apartó con precaución los cactus y plantas trepadoras que obstruían el pié del árbol, y descubrió la entrada de una cavidad en la cual se introdujo la joven estremeciéndose como un pobre gorrion en el nido de un águila.

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Conclusion.—V. el n.º 64).

IV.

EL FAVORITO Y LA JUDÍA.

Ya hemos visto á Rebeca salir de casa de Isaac con dirección á la de Antonio Perez, á fin de advertir á este el peligro á que estaba espuesto.

El favorito, que ya no lo era, la recibió en el despacho, aunque de mala gana.

Allí la judía le dió cuenta del diabólico plan de Isaac.

Perez se estremeció viéndose perdido, porque en realidad lo estaba.

Sin embargo, aunque esto le asustó, nunca pudo figurarse que tendría que deplorar sus consecuencias en una prisión.

—Huid, le decía Rebeca, trémula y agitada.

—Es imposible, contestó Perez con esperanza; no: el rey no llevará la cosa al último extremo, ni me abandonará la suerte de esa manera; además yo no puedo huir, necesito quedarme..... ¡Oh!... sí..... y me quedaré hasta haber recobrado á mi hija.

—No os detenga ese negocio, huid, yo quedo aquí: dentro de poco recobramos nuestra hija.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con un acento tan tierno, que el favorito no pudo menos de conmoverse.

—¿Qué decís! exclamó; ¿sabeis acaso dónde está Lia?

—En casa del maldito hebreo, y casi en nuestro poder á esta fecha.

—¿En casa de Isaac! ¿Quién la ha conducido allí?

—Él mismo.

—¡Oh! entonces está perdida.

—Descuidad, queda en la casa una persona de confianza que la defenderá en caso de riesgo.

—No importa, corramos á librarla de las garras de esos gavilanes.

—¡Oh no! Perez, huid, huid; yo os lo ruego; quién sabe lo que debeis esperar de la cólera sombría de Felipe II; tiemblo al considerar el peligro que os amenaza: el rey, ya lo sabeis, tiene celos, y ¡cuán terribles para vos pueden ser sus consecuencias! Huid, sí: ya recibiréis noticias de nuestra hija que os servirán de consuelo en vuestra desgracia; además, vos no os perteneceis á vos mismo, teneis una esposa que os adora, hijos de quien cuidar..... No demoreis un momento vuestra partida; todas estas consideraciones deben impulsaros y desvanecer vuestras esperanzas, quedándoos en Madrid. ¿Qué va á ser de todas esas personas queridas si os sucede alguna terrible desgracia?

Rebeca lloraba con amargura.

Su acento era persuasivo como la razon; tierno como una caricia.

Perez, conmovido al escucharla, admiraba á aquella mujer que le amaba tanto, pidiéndole y suplicándole por todos, sin nombrarse ella misma; que era quizá el corazón mas afligido, y el que mas se interesaba por él.

Aquella mujer, que nunca le habia importunado con sus quejas y que solo en el momento del peligro, cuando todo iba á abandonarle, se presentaba á su lado para darle un aviso y tenderle una mano en que se apoyara.

¡Pobre Rebeca, cuanto sufría!

Antonio Perez empezaba, aunque tarde, á comprender aquel amor sublime y grande, que le hablaba de su esposa, de sus hijos..... aquel amor profundo, puro é inmaculado, que no le revelaba ningun deseo material, que oculto en el cautiverio del corazón de una mujer, habia vivido tantos años sin perder su primitiva fuerza, ni aquel perfume santo, casi místico, que revelaba el amor de Dios.

En aquel instante se patentizaba ante sus ojos una existencia de lágrimas y desesperacion, sin ilusiones ni premio.....

¡Oh! esto era heroico!

Por eso contemplaba á aquella mujer con firmeza, con admiracion, sin darse cuenta á sí mismo de lo que sentia..... por eso asomaban á sus labios, deslizándose de ellos, las palabras de

—Rebeca, ¿tanto me amais?

La judía se estremeció con una conmocion eléctrica, dió un paso hácia el favorito y puesta la mano sobre el corazón, como para contener sus latidos, alzó los ojos al cielo y los bajó despues fijando su mirada en el favorito.

¡Que si le quiero, pregunta!..... ¡Oh! no lo ha conocido hasta ahora!

Perez la asió una mano besándola con respeto.

El roce de los labios quemó la piel de Rebeca.

Era el primer beso que recibia despues de tantos años.....

—Bendito sea mil veces este momento, murmuró con sublime éstasis.

Despues se llegó hasta Perez, y rodeando su pálida cabeza con los brazos iba á imprimir un ardiente ósculo en su frente, pero se detuvo murmurando:

—No, yo no puedo poner mis labios donde los pone vuestra esposa, yo no puedo besar mas que la hebilla de vuestros zapatos.

Y se arrodilló á los piés del favorito.

Este se inclinó sobre ella; separó de su frente los negros cabellos que la rodeaban, y fué á besarla.

Una lágrima ardiente cayó en el rostro de Rebeca.

—Gracias, gracias..... ¡oh qué feliz soy! decia la pobre mujer estremeciéndose de alegría.....

—Ahora, partid, es necesario; yo os lo ruego en nombre de todo lo que mas adorais en este mundo.

—¡Partir sin ver á nuestra hija! sin abrazarla!.....

—Bien, venid y la veréis, y os despediréis de ella..... ¡Oh! no receleis ningun mal quedándose en mi poder.

Perez se embozó en una capa, calóse el sombrero é hizo seña á Rebeca de que estaba dispuesto á partir.

Ambos salieron á la calle.

En aquel momento estaba espirando la pobre Lia.

¡Cosa singular!

En vez de seguir el camino derecho hasta la casa de Isaac, se obstinó Antonio Perez en rodear pasando por delante de la hosteria.

¿Era aquello un presentimiento? ¿Era el deseo de ir mas tiempo por las desiertas calles de la villa en compañía de una mujer á quien tanto habia odiado y á quien empezaba á amar?

¿O era tal vez la siniestra mano de su caprichoso destino que le conducia á tan funesto lugar?

No lo sabemos.

Ello es que siguieron calle adelante por la del Almendro, yendo á desembocar casi enfrente de la hosteria del compadre Rojo.

V.

ÚLTIMA NOCHE.

El incendio bramaba terrible y amenazador.

La hosteria de Andrés era presa de las llamas.

¡Oh! Lopez el sacristan queria mucha, mucha luz, y ¡vive Dios! que habia realizado su deseo.

Una humareda, rojiza al principio, y que al perder su fuerza iba disminuyendo en claridad, se elevaba por encima del tejado, estendiéndose como una inmensa cúpula fantástica por el pequeño horizonte de la plazuela de san Andrés.

Las llamas empezaban á asomar por algunas ventanas del edificio con un ruido espantoso, enrareciendo el aire y llenando el espacio de una claridad siniestra.

Era un espectáculo grandioso al par que temible. Y se oian furiosos alaridos en la parte interior de la casa, gritos de dolor y desesperacion, oraciones y blasfemias, que hacia mas satánicas el fragor del incendio.

Una brisa fresca y ligera que subia del Manzanares prestaba su eficaz ayuda al elemento devastador.

Multitud de chispas se elevaban á una altura prodigiosa de aquel horno inmenso: gruesos maderos completamente carbonizados caian con estrépito; los techos se desplomaban; las paredes crugian antes de caer.....

Y la llama subia, enseñoreándose de todo, como una marea creciente que no encuentra dique á su fuerza poderosa, iluminando el balconcillo de madera de donde pendia una cuerda que sostenia en el extremo opuesto el cuerpo de una mujer

Una niña vestida de blanco como para hacer

su primera comunión ó su desposorio, con el rostro lívido por la estrangulacion, cuyo cuerpo ondulaba, rodeado de llamas que a un no llegaban hasta ella, como una salamandra en medio de aquel incendio.

El cabello de oro destrenzado rodeando su pequeña cabeza y lanzando rayos de diversos matices al reflejar la llama.

Todo esto en medio de una hermosa noche de estío, con el cielo tachonado de millares de estrellas y la luna saliendo de entre una blanca nube como una misteriosa barca en medio de un mar azul.

Con el canto agradable de la codorniz, que llama á la aurora y el chirrido monótono y tenaz del grillo.

Con una atmósfera fresca y embalsamada.....

Pero la voz del incendio dominaba el canto del grillo y de la codorniz, despertando á los pacíficos vecinos del contorno, que asomados en balcones y ventanas, contemplaban atónitos aquel cuadro desolador.

Perez y Rebeca que iban á llegar ya á la esquina de la plazuela, notaron todo esto, y maquinalmente apretaron el paso enmudeciendo de repente.

Arribaron por fin al sitio de la catástrofe y un grito espantoso, estridente, sin espresion en ningun idioma, que se hizo oír en medio de aquel desórden, salió rápido de ambas gargantas, precipitando los latidos del corazón.

Despues.....

¡Oh! despues ambos se precipitaron á pique de perecer hasta ponerse debajo del balconcillo donde habia espirado Lia.

Luego se miraron uno á otro con los ojos desencajados, inyectados de sangre, y levantando el brazo derecho, se señalaron mutuamente la víctima, esclamando con sombrío acento:

—¡Muerta!.....

Aquella palabra no tuvo eco; se estinguió casi al salir de los labios por la manera con que fué pronunciada.

De repente Antonio Perez levantó la cabeza y se puso lívido de coraje.

Habia oido una carcajada histérica y sangrienta é insultante; un hombre estaba asomado al balcon.

Era Isaac, que haciendo esfuerzos, habia conseguido romper sus ligaduras cuando el suelo de la habitacion iba á desplomarse, y que al ver allí á Rebeca y al favorito, olvidó el peligro en que estaba para no pensar mas que en la venganza.

Isaac, con el blanco cabello encrespado, la barba descompuesta, roto el vestido y dibujando en sus labios una risa infernal, satánica..... una risa que hacia daño: Perez le contemplaba en el paraisismo del furor.

Rebeca estaba arrodillada, y sin llorar ni pronunciar una sola frase, elevaba las manos al cielo.

La habitacion que ocupaba Isaac estaba completamente invadida por el incendio, de suerte que su sombría figura se destacaba de un fondo de llamas rojas y humeantes, fondo siniestro de aquella lúgubre aparicion.

El judío escupió en la frente de Antonio Perez murmurando una maldicion.

Despues asió la cuerda atada á la barandilla y la agitó con furia, riendo siempre.

El cadáver de la niña se mecía en el espacio. Algunas gotas de sangre negra salpicaron la frente y los vestidos de Rebeca.

— ¡Lia! mi hija! gritaba la infeliz madre tendiendo los brazos hácia ella.

— Ahí la tienes, dijo Isaac desatando la cuerda y arrojándola á la calle.

El cadáver de Lia rebotó en las piedras.

Rebeca dió un grito y se lanzó sobre el inanimado y sangriento cuerpo de la niña.

Pero al ir á abrazarla, encontró que otros brazos mas solícitos que los suyos la tenían asida.

Era Martín que solo habia conservado un resto de vida para ir á perderla junto á su pobre hermana, la niña de los cabellos de oro.

Por último, las cuatro paredes del edificio se derribaron con estrépito, y se le vió á Isaac desaparecer del balconcillo y hundirse de repente entre las ruinas, lanzando su estridente carcajada; otra risa igual, del mismo género, gutural y horrible, resonó en el espacio como si fuera eco de la primera, lanzada por Rebeca que levantándose de improviso, se precipitó con el manto echado á la espalda entre las ruinas de la hostería, desapareciendo para siempre.

En cuanto al favorito yacia en tierra privado del conocimiento.

CONCLUSION.

Han pasado tres dias despues de los acontecimientos referidos.

La noche del cuarto empieza oscura y nublada amenazando tempestad.

Son las ocho.

Delante del palacio de la princesa de Eboli hay una litera y cuatro hombres esperando para conducirla.

Trascurren breves momentos y de pronto se ilumina la escalera y se oye ruido de gente.

Doña Ana Mendoza de la Cerda baja triste y llorosa apoyada en el brazo de una de sus doncellas que solloza tambien sin que ninguna de las dos pronuncie una sola palabra.

Detrás va el mayordomo y varios criados de la casa.

Los hombres de la litera se ponen en pié y uno de ellos abre una de las puertas.

La princesa se detiene en el umbral de la de su casa; allí se despide afectuosa de la servidumbre que le acompañaba, y luego, sollozando con mas dolor y desesperacion, entra en el carruaje..... y parte.

Una órden de S. M. Felipe II la destierra repentinamente á la fortaleza de Pinto.

El amante se acuerda del rey, y manda otra órden del monarca aprisionar en su misma casa á Antonio Perez, el favorito predilecto.

El rey se acuerda del amante, y se venga.

Despues que la princesa ha partido para cumplimentar las órdenes de S. M., un hombre que estaba oculto en el cerco de una de las puertas de santa Maria de la Almudena, sale al medio de la calle, contempla la litera que va alejándose poco á poco, y suspira fuertemente.

Luego se dirige al alcázar y entra por una puerta secreta.

Aquel hombre es Felipe II, que ha asistido al destierro de la favorita.....

D. Juan de Mondejar, no habiendo podido probar su inocencia en el crimen del parricidio que

se le imputaba, murió por mano del verdugo.

Es necesario tener en cuenta que D. Juan era el favorito de Antonio Perez.

En cuanto á Lopez, no hemos podido averiguar de qué modo concluyó su brillante carrera.

Si algun dia lo consiguiéramos, haríamos partícipes de la noticia á nuestros lectores.

Lo mismo sucede respecto á Rebeca, aunque es muy posible que pereciera entre los escombros de la hostería.

No obstante, su cadáver no fué hallado por mas que se le buscó.

¿La tornaria Isaac en espíritu haciendo que desapareciera como hizo con D. Juan de Mondejar?

FIN.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

Los moros fronterizos al Peñon de los Velez, reforzados por las kabilas limítrofes, procedentes sin duda de la guerra, renovaron sus ataques durante el mes de enero del año corriente, pero de una manera mucho mas atrevida; pues ya no se contentaban con disparar sus espingardas desde sus aduares, sino que con un valor inusitado hacian fuego á la plaza á cuerpo descubierto, posesionándose de los parajes mas próximos á la poblacion, y sin intimidarse por el fuego que se les hacia. El dia 28 de enero fondeó en aquel puerto el místico-correo *Dolores*, y en este dia dieron las mayores pruebas de su ferocidad. Apenas pudieron distinguir el buque, próximo ya á la fortaleza al romper el dia, cuando se parapetaron, y al acercarse este, hicieron un fuego terrible sobre su tripulacion, que ocupada en las maniobras precisas para la seguridad del buque, no pudo ponerse á cubierto de sus tiros. Felizmente no causaron daño alguno, aunque clavaron tres balas en el palo mayor, y cuatro en la cubierta y casco de la embarcacion, á mas de haber agujereado sus velas por varias partes. Los proyectiles de nuestras tropas caian espesos como granizo sobre aquellos feroces riffeños: una bala de á 24 llevó el brazo á uno de ellos; pero nada era capaz de contener su frenético ardor: escondieron al muerto tras de una mata, y siguieron haciendo fuego, hasta que hallándose ya asegurado el buque, pudo ocultarse su tripulacion. El 2 de febrero último, á consecuencia de haber querido apoderarse los marroquies de una balsa de desembarco que habia varado en la playa, se renovaron otra vez los ataques, pero fueron rechazados rudamente; sin embargo, protegidos por la oscuridad de la noche, hicieron pedazos la balsa llevándose su cobre y clavazon. El gobierno de S. M. al tener conocimiento de estos sucesos, mandó reforzar la guarnicion de aquel presidio, adoptando además otras medidas convenientes. Se creia que al tener noticia de la pregunta que hacian los hermanos del emperador sobre las condiciones de la España para hacer la paz, desistirían de sus fanáticos é inútiles ataques.

Los moros fronterizos al Peñon de la Gomera se muestran tambien muy hostiles, teniendo en continúa alarma á la guarnicion. El vapor-correo en

su última salida se vió en bastante peligro de sufrir algun daño por los repetidos disparos que le hacian algunas kabilas escondidas entre las peñas. Afortunadamente, las descargas que hicieron las tropas de la plaza, con tuvieron y apagaron el fuego de los enemigos.

Segun el resumen publicado en la *Gaceta* del parte del Sr. Buceta, el dia 6 de febrero á las siete de la noche, el cabo comandante del vigía de tierra de la plaza de Melilla dió parte al brigadier Buceta, gobernador de dicha plaza, de que la kabila de Benisidel, que desde el 5 cubria el servicio de guardia en las líneas enemigas, acababa de colocar un cañon en la tronera de la bateria de la *Horca*. El brigadier Buceta, á pesar de hacer nueve dias que se hallaba enfermo en la cama, mandó llamar en el momento que recibió la noticia, á los comandantes de artillería é ingenieros, jefes de los cuerpos de la guarnicion, administracion y sanidad militar, y ordenó que á las cinco de la mañana se hallasen las fuerzas francas de servicio en la esplanada de la Alcazaba para hacer la salida al campo enemigo. Organizada la columna con individuos del segundo batallon del regimiento infantería de Murcia, del segundo del Fijo de Ceuta, cuarenta confinados y diez y ocho moros de los que están al servicio de aquella plaza, emprendió su marcha desde el fuerte de San Ramon á las cinco de la mañana, previniendo á la vanguardia se posesionase del *Ataque Seco*, y que si lo lograba sin resistencia, avanzase, protegida por parte de la columna, á tomar los *Ataques de las Horcas*. El *Ataque Seco* se tomó con poca resistencia, y tan luego como llegó el brigadier Buceta, dispuso atrincherar el *Ataque Rojo* y otro mas inmediato, por ser estos los principales puntos de donde podia partir una agresion del enemigo á las posesiones ocupadas. Despues de establecidos los parapetos que habian de poner á nuestras tropas á cubierto del fuego enemigo, ordenó dicho jefe la retirada de las fuerzas, que á las órdenes del comandante D. Bernardo Alemany, habian avanzado hasta las alturas de la *Horca*, replegándose sin haber experimentado mas pérdida que la de tres heridos hasta su incorporacion á la reserva, formada por el segundo batallon del regimiento infantería de Murcia, procediendo á la construccion de nuevos parapetos y á la colocacion de un blockhaus, que debian dar por resultado la posesion permanente del *Ataque Seco*, cuya ocupacion creia dicho jefe que era de suma importancia para la plaza. El enemigo, despues de haber reconcentrado sus fuerzas de la guardia y pueblos inmediatos, dirigió sus ataques contra nuestras posiciones, siendo rechazado sin mas pérdida por nuestra parte durante todo el dia 7, que la de un oficial muerto, dos individuos de tropa que sufrieron igual suerte, y diez y ocho heridos de esta última clase. El dia 8 nuestras tropas continuaron en las mismas posiciones adelantando en las obras, sin que el fuego del enemigo ocasionase mas bajas que dos muertos y cinco heridos. El 9 continuaron los trabajos de atrincheramiento, sin que hasta las ocho de la noche hubiese ocurrido mas novedad que la de un muerto y cuatro heridos, uno de los cuales era el sargento mayor de la plaza, D. Gabriel Perez. El dia 9 á las 12 de la mañana, hallándose ya debilitada la salud del Sr. Buceta por la fuerza de la calentura que padecia, entregó el mando de la

columna y del campamento al teniente coronel del provincial de Granada, á quien correspondia de ordenanza y que se hallaba con su cuerpo en el campo desde las doce del día 7 en que habia llegado, aunque sin hacer servicio. Las obras de defensa se hallaban ya suficientemente adelantadas para que nuestras tropas estuvieran á cubierto de los fuegos enemigos, como lo prueba la escasa pérdida ocasionada en los tres días. El 9 á las ocho y media de la noche, despues de haberse oido el disparo de un cañon enemigo, principió á sentirse fuego en toda la línea, dándosele parte despues al mencionado brigadier, de que nuestras tropas, atacadas por numerosas fuerzas enemigas, y no habiendo podido resistir el choque, se retiraron á la plaza, dejando para la defensa del blockhaus seis soldados del regimiento de Murcia, que entraron en él voluntariamente para defenderle, pero que tuvieron que abandonarle mas tarde. El brigadier Buceta en aquel momento critico se lanzó de la cama medio desnudo, y corriendo al sitio del peligro, armó inmediatamente parte del establecimiento penal, y con setenta y dos hombres del regimiento Fijo de Ceuta, puesto á las órdenes de su segundo comandante D. Cayetano Carabot, fué reconquistada una parte de nuestro campamento; pero á pesar de sus esfuerzos y los de algunos jefes y oficiales, no fué posible desalojar al enemigo de los puntos principales donde se habia parapetado en las obras de nuestras tropas, dando por resultado este desgraciado suceso la pérdida de 4 oficiales y 45 individuos de tropa muertos, y 13 oficiales y 120 individuos de tropa heridos. Se decia que no habia habido la vigilancia debida, y que el jefe que mandaba el campamento se hallaba durmiendo en ropas menores; pero el Sr. Buceta decia que no le constaba la exactitud de esta noticia por no haberlo presenciado por sí mismo. Parece que el gobierno de S. M. ha mandado formar causa al Sr. Buceta por haber desobedecido la orden terminante que tenia de no entrar en combate con los moros, limitándose únicamente á su defensa.

Segun correspondencias del teatro de la guerra, es tanta la desmoralizacion que domina en el ejército marroquí, que se ha disuelto por completo. Despues de haber saqueado á Tetuan, Muley-Abbas llegó con 1,000 infantes y 3,000 caballos, únicos restos de sus 20,000 hombres, cerca de Alcázar-Zibir, en cuyo punto se le rebelaron las kabilas robándole los 100,000 duros, que segun dicen, habia sacado de Tetuan. Aunque robado y casi sin tropa, siguió su marcha en direccion á Alcázar-Zibir, entregándose allí nuevamente á los mayores excesos é iniquidades: esta poblacion sufrió la misma suerte que Tetuan, siendo víctima de la codicia de Muley. El Sultan habia publicado un bando llamando nuevamente á las armas á las kabilas para sostener la guerra santa contra los españoles y para recobrar todo lo que han perdido; pero las kabilas, cansadas de sufrir derrotas en el campo de batalla y exacciones por parte de los jefes principales, no responden al llamamiento: lejos de acudir, parece que hay muchas que se preparan á someterse al ejército español, y algunas lo han verificado ya. El 9 de febrero se habia presentado al general en jefe el gobernador de nueve kabilas poderosas, ofreciéndole no solo la sumision de las nueve, sino

tambien sus servicios. Además, muchos de los moros iban regresando á Tetuan con sus familias despues de pasados los primeros momentos y sabiendo que los españoles respetan su religion, sus mujeres y sus propiedades. Al regresar corren el riesgo de caer en poder de una multitud de partidas de bandoleros de los mismos moros, que los roban y los asesinan. Parece que uno de los días, varias familias que deseaban regresar á la ciudad, enviaron un aviso pidiendo alguna fuerza que los protegiera; pero el general Rios se negó á darla diciéndoles que se defendiesen unos contra otros, para lo cual les daria las armas necesarias, ofreciendo además media onza por cada uno de los bandoleros que le presentasen muerto ó vivo.

En los días 13 y 14 de febrero se practicaron algunos reconocimientos del territorio de la derecha del rio Martin por las inmediaciones de la costa hácia las montañas del Riff; en ninguno de estos días hubo novedad. Cuando nuestros soldados se acercaban á algun pueblo, los moros huian con sus familias á las montañas, pero sin hacer ninguna demostracion hostil; nuestros soldados les hacian señas de que se acercaran, y ellos entonces bajaban con sus armas diciendo en su mal castellano que querian estar bien con los cristianos.

Los moros de Tetuan que mas se precian de conocer el país, dicen que la batalla del 4 de febrero y la entrada de los españoles en la ciudad, causarán una revolucion en el país, alentando mas al competidor del Sultan, que ya parece que ha obtenido algunas victorias sobre las tropas imperiales. Además de esto, parece que en todo el imperio tiene ya pocos partidarios el emperador actual, que es conocido con el nombre de *Mohamed el de la mala suerte*.

El 14 de febrero fué recibido el general Ustariz por S. M. la reina que le dirigió muchas preguntas, demostrando en todo el grande interés que le inspira el ejército que combate del lado de allá del estrecho de Gibraltar. Concluyó manifestando que tendria un agradecimiento eterno al general O'Donnell y á cuantos se han batido á sus órdenes; dijo tambien que deseaba la paz, pero una paz honrosa y noble, digna de la sangre vertida y de los sacrificios consumados. El general Ustariz partió despues llevando la contestacion del gobierno de S. M. sobre las proposiciones de paz: estas proposiciones están ya en poder de los marroquíes, y segun se decia, el general en jefe habia dado de plazo hasta el 25 de febrero para recibir la contestacion definitiva.

Segun parte telegráfico de Tetuan, el 17 de febrero no ocurría novedad alguna; todos los días se estaban haciendo descubrimientos de efectos de guerra en la plaza. Se habia encontrado una maestranza con 2 piezas de artillería y 5,000 proyectiles. En otros sitios de la misma ciudad se habian hallado 400 quintales de azufre y 300 de pólvora inglesa de la mejor calidad.

El señor general Rios continuaba dando las disposiciones necesarias para el aseo y mejora de Tetuan. Se habia mandado blanquear todas las casas y numerarlas; además se habian puesto nombres á todas las plazas, calles y puertas de la ciudad: estos nombres son en general los de nuestros reyes y personas de la familia real, los de los regimientos que hay en la plaza, etc.

Además se habia nombrado un ayuntamiento moro y otro hebreo, procurando en todo conciliar los ánimos y hacer que el odio que domina entre ambas razas, desaparezca en lo posible. Tambien se habia empezado á poner alumbrado y se obligaba á que en el interior de las casas hubiese mas limpieza. El general Rios habia dado órdenes muy terminantes para que nadie atentara en nada contra la religion, costumbres, ni propiedades de los habitantes. Los moros y moras son los que mas se dejan ver y tratan con nuestras tropas, manifestando sin rebozo el deseo que tienen de que la plaza quede perpétuamente en poder de los españoles. El general en jefe iba á dar una orden para hacer salir de Tetuan á muchos paisanos andaluces, que habian ido á dicho punto sin mas objeto que vivir sobre el país. Una de las principales mezquitas habia sido arreglada y consagrada para iglesia católica, bajo la advocacion de la Virgen de las Victorias. Tambien se estaba arreglando un edificio que sirva de teatro, y en el cual dará algunas representaciones una compañía de zarzuela que estaba para ir á aquella ciudad. Se cuenta publicar dentro de poco un periódico con el título de *el Eco de Tetuan*: este periódico estará dirigido por el poeta Sr. Alarcon. La empresa del ferrocarril del Mediterráneo, de acuerdo con la de los vapores de Lopez y compañía, ha dispuesto un viaje de placer á Tetuan. La travesía de ida y vuelta se hará en cuarenta horas, costando únicamente treinta y cinco duros para los viajeros que vayan en primera clase. A mediados del mes de febrero último, habia llegado á aquella rada un buque de guerra sardo con oficiales de aquel ejército, que se creia irian al cuartel general con los demás oficiales extranjeros que hay allí.

El 19 de febrero por la mañana llegó á esta corte el Sr. Lemery de vuelta de su viaje á Africa; el Sr. Magenis habia quedado aun allí. El Sr. Lemery traía dos banderas de las tomadas á los marroquíes: una de ellas buena, y la otra muy estropeada y súa. A su salida de Tetuan se disfrutaba buena salud, tanto en los campamentos como en la ciudad; solo en un barrio de esta habia algun caso de cólera.

En el Serrallo tambien se ha disfrutado y disfruta buena salud en todo este tiempo, no habiendo ocurrido novedad alguna; las tropas que se hallan allí están deseando que se vuelva á presentar ocasion de entrar en combate.

Se decia con referencia al primer intérprete del consulado francés en Tánger, que dicha ciudad está consternada con la noticia de lo que han hecho las kabilas en Tetuan y temiendo igual saqueo. Decian tambien que la plaza contaba apenas con 500 defensores, y aun estos muy desanimados. Se habian recibido cartas de los moros de Tetuan elogiando el comportamiento de los españoles.

Continuaban recibiendo en la corte las noticias del entusiasmo causado en todas partes por la toma de Tetuan; el entusiasmo ha sido general é indecible. Seguian tambien los donativos públicos y particulares, debiendo mencionarse entre otros el de los caballeros de la orden militar, de san Juan de Jerusalem, que ascendia á la cantidad de 43,422 rs.; muchos de ellos habian contribuido ya para dicho objeto en otros conceptos.

El grabado que acompaña este artículo representa un médico-cirujano español curando á un moro herido en la accion del 4 de febrero.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion.—Véase el núm. 61).

ATAQUE NOCTURNO DIRIGIDO POR LOS ÁRABES CONTRA UN CAMPO FRANCÉS.

Nuestros campamentos han sido atacados algunas veces por los árabes durante la noche: en esta circunstancia nos han sucedido accidentes deplorables, y nuestros soldados sorprendidos de improviso, se han fusilado unos á otros. Estos errores, que por fortuna se vienen haciendo cada vez mas raros, nos ocasionaban mayores pérdidas que el fuego del enemigo.

He visto en ataques de noche hacer tomar las armas á toda la columna y tenerla así hasta el dia, ó verificar las salidas, al regreso de las cuales los batallones eran fusilados por sus camaradas. Tambien he visto mandar tocar botasillas en noches oscuras, en términos que el ginete no distinguia las orejas de su caballo.

Hoy, todo comandante de columna debe estar persuadido, que cuando los árabes emprenden un ataque de noche, nunca es con el objeto de penetrar en el campo, sino únicamente con el de fatigar á la tropa, tenerla en pié y obligarla á verificar una salida, esperando en medio de la oscuridad introducir la confusion en el campamento.

Repetidas veces hemos experimentado el deplorable resultado de estas salidas; la columna ha sido desordenada, la confusion se ha introducido en las filas, bravos soldados han sido muertos casi siempre por sus camaradas, y al dia siguiente á la hora de partir, los hombres estaban rendidos y se arrastraban penosamente hasta otro vivac.

En el caso de un ataque de noche, hé aqui el solo medio que debe emplearse, y que siempre nos ha salido bien.

El comandante hace prevenir á su columna, que á la menor señal de ataque se apaguen todas las hogueras del vivac y se guarde en él el mayor silencio. Si el enemigo fuese muy numeroso, no pudiéndole resistir los pequeños puestos avanzados, se retirarán hácia los veinticinco hombres que cubren las grandes guardias; estas deben permanecer inmóviles y sobre las armas, y los oficiales han de tener el mayor cuidado en no perder nunca la direccion del vivac, para evitar que hagan fuego sobre nuestras lineas, en el caso de verse amenazados por el enemigo. Es de la mayor importancia que, preveyendo un ataque, haya cuidado en escoger un punto cualquiera para orientarse.

Cuando el comandante le prevea, hará doblar las grandes guardias, practicando esto mismo cuando las vea atacadas seriamente.

Si el fuego se aproxima y hace mas vivo, los soldados deben tomar sus cartucheras, deshacer los pabellones y sentarse con el fusil en la mano,

ofreciendo así menos blanco á las balas del enemigo. Los oficiales y sargentos permanecerán de pié, teniendo cuidado de impedir que la tropa responda y haciéndola guardar el mas profundo silencio. Esto, tan difícil siempre de obtener, es de la mayor importancia.

El silencio impone siempre á los árabes, que no pudiendo descubrir la columna, temen caer en una emboscada ó ser envueltos. Su energía disminuye y sus gritos redoblan entonces hasta tal punto, que aun los hombres mas acostumbrados no pueden menos de sentir un verdadero estremecimiento al oír esta gritaría, ó mas bien estos aullidos salvajes; entonces es cuando los oficiales deben esforzarse en mantener el ánimo del soldado, haciéndole comprender que cuanto mas gritan los árabes, menos temibles son.

Rara vez se prolongan los ataques de noche hasta el dia. La inmovilidad de nuestros soldados no tarda en hacer emprender una pronta retirada á la mayor parte de los enemigos; esta calma, que puede llamarse de la fuerza, los admira y desconcierta de modo que los mas bravos ó encarnizados de entre ellos se dejan arrastrar por la masa; el ruido se amortigua, y antes del dia han desaparecido todos.

Sin embargo, puede suceder, aunque rara vez se ha verificado, que el enemigo ataque resueltamente una de las caras del cuadrado y marche recto hácia delante; entonces las compañías que forman esta cara, deben levantarse, y calando bayoneta ir adelante hasta unos treinta pasos nada mas, en el mayor silencio y sin disparar un solo tiro, volviendo inmediatamente á ocupar sus puestos.

En Telninet, provincia de Orán, obtuvo el general el mayor éxito con esta maniobra; el aspecto de los soldados marchando con la bayoneta calada sin decir una palabra, hizo mas impresion en los árabes que las descargas de sus fusiles.

SUMISIONES.

Desde el dia en que el ejército desembarcó en las costas de Sidi-Eerruch, hemos sido víctimas de la falacia y doblez de los árabes; pero es justo añadir, que el terror de los primeros generales que fueron llamados á conquistar el país emanaba de una idea generosa.

Después de haber hecho en Europa largas campañas, haber visto formar tratados, someter provincias enteras después de las batallas, y algunas veces reinos, nuestros jefes creyeron seria lo mismo respecto á los árabes: representantes de la Francia empeñaron su palabra con toda lealtad, seguros de cumplir lo que habian prometido, no podian imaginarse que los jefes con quienes trataban, pudieran, al sellar sus convenios, encerrar en el fondo del corazón el deseo de violar la fé jurada.

Esta creencia, que casi todos tenian, fué la causa de decepciones tan grandes, que muchos, desalentados por las dificultades naturales del país, disgustados por el carácter falso y mentiroso de los árabes, volvieron á Francia con la convicción íntima de que nada teniamos que ganar en Africa. De estos desalientos, diré mas, de estos desencantos á la proposicion del abandono inmediato no habia mas que un paso, y este fué dado muy pronto. La Francia que habia he-

cho tantos sacrificios en hombres y dinero; la Francia que se creia llamada á crear una segunda nacionalidad en las costas que están frente á las suyas, oyó un dia, con asombro profundo mezclado felizmente de indignacion, que se propuso en la tribuna el abandono de la Argelia. Un grito se elevó entonces desde todas partes del imperio; cada pueblo habia visto marchar sus hijos, soldados los unos, los otros colonos; á la palabra abandono, el país protestó altamente y el grito que se hizo oír fué que la Argelia era una tierra francesa que seria vergonzoso abandonar. El gobierno mismo, en uno de los discursos de la corona, contrajo á la faz de Europa el empeño solemne de conservar nuestra conquista.

Desde este dia se decidió que la guerra prosiguiese con energía y vigor. Se quiso someter el país y hacer de los árabes súbditos, si no leales, al menos fieles.

Desde 1840, y bajo el mando del mariscal Bugeaud, la guerra se emprendió con tal brio, que nuestros adversarios, viéndose cercados, espulsados de todas partes, perseguidos hasta en el desierto, en las montañas mas escarpadas, no hallando en ninguna parte un refugio seguro, trataron de someterse, conservando, sin embargo, en el fondo del corazón el firme propósito de violar su promesa á la primera ocasion que se les presentara. Entonces, como en los primeros dias de la conquista, las tribus vinieron á someterse, unas al primer llamamiento, otras después de una resistencia mas ó menos prolongada; pero las decepciones, las traiciones no tardaron en aparecer; bastaba que un fanático se declarase cherif y predicase la guerra santa para sublevar las poblaciones sometidas algunas veces pocos dias antes.

Una de las causas principales de estas revueltas continuas fué, hasta 1840, el cambio frecuente de gobernadores generales. Los árabes, pueblo aristocrático por excelencia, necesitan ser gobernados y que una mano de hierro pese sobre ellos continuamente. Rara vez cambian de califas; sus cheiks y las dignidades son casi hereditarias en las tribus; viendo sucederse muchos jefes en el poder, no pueden creer en su estabilidad. Por otra parte, cada gobernador tenia su sistema: los unos querian gobernar por la fuerza; los otros pensaban obtener mucho mas por la persuasion; esperaban atraerse la raza conquistada, lo que era un error.

Los jefes que mandaban en las provincias sufrían inevitablemente la influencia del gobernador general y seguian su sistema, unas veces duros, inexorables, imponiendo un yugo de hierro; otras eran reemplazados por los afectos al sistema enteramente opuesto. Todos estos diversos modos de gobernar el país no podian menos de ser perniciosos, puesto que el acto de un dia estaba en contradiccion con el de la vispera.

Lo mismo sucedia con los generales que mandaban las columnas: apenas habian obtenido algun éxito, aprendido á conocer los árabes y hacerse conocer tambien de ellos, cuando de repente el que se hallaba en la provincia de Argel, era enviado á Orán, á Constantina, ó llamado á Francia, y reemplazado algunas veces por un general que nunca habia mandado columna, y lo que era mas perjudicial, no tenia la esperiencia que da una larga permanencia en el país,

¿Qué sucedía? Que desde la llegada de este nuevo jefe, algunas tribus se apresuraban á someterse: lisonjeadas por tal comportamiento, lo tomaban por un triunfo y las recibía solícito, contentándose con el caballo de gadda. Creía sinceramente en sus sumisiones, y apenas se imaginaba que servía de juguete á estas tribus que no se habían sometido á su predecesor, porque este, conociendo su mala fé, sus defecciones, sus actos de hostilidad, y algunas veces los asesinatos de que se habían hecho culpables, no habría aceptado seguramente su obediencia sin imponerles duras cláusulas.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

EL PODER DE LA PALABRA.

SANTIAGO APÓSTOL.

La palabra es el mas grande poder humano. Levanta, arrastra, impele al hombre ante ella; le hace llegar á las orillas que anticipadamente ha marcado. Por la palabra, se mueve y se agita el mundo moral. Levantad una tribuna, y la palabra formará un pueblo y constituirá una nacion. La palabra espresa la verdad y el error. Remueve, cambia, trasforma, muda, destruye; penetra en lo que hay de mas corrompido, y llega á lo que hay de mas noble. Cual el alfarero modela el barro, y hace de él figuras degradadas ó grandes bustos; así la palabra modela á su placer las inteligencias y las arroja en los mas diversos moldes. Coged un pastor ignorante y grosero; os oirá, os comprenderá y poco á poco le transformareis, le hareis crecer, le ireis haciendo cada vez mas grande. No se dice: «Dios ha escrito, sino Dios ha hablado.» (*Semel locutus est Deus*). Y los ángeles de la tradicion han llevado con respeto aquella palabra hasta las estremidades de la tierra. Cristo, palabra divina encarnada (*Et verbum caro factum est*), ha habitado con nosotros lleno de gracia y de verdad, y ha establecido la Iglesia para continuar la redencion del mundo por la palabra.

Dios ha hablado, y al hablar ha procedido por un no sé qué de vivo, y nos ha dado lo que es él mismo. Y la humanidad ha callado ante él, porque la palabra cristiana sola se sostiene por su propia vitalidad. Los hombres todos los dias hablan; hablan de los negocios que pasan; y aunque hablen de ellos muchas veces con una rara elocuencia, hablan de los intereses de las naciones, que pasan tambien un poco mas lentamente tal vez. La palabra divina es estable; tiene magistrados que velan en su conservacion. Como un hombre colocado en una montaña á orillas del mar, escucha el murmullo del Occéano y el bramido de la tempestad, discierne cuando tiene costumbre, hasta los mas lejanos indicios de la tormenta; así los obispos colocados en un promontorio de distancia en distancia, vigilan la interpretacion de la palabra de Dios, disciernen el menor rumor de tempestad que llega á ellos transmitido de labio en labio, y dicen: «Cristo no ha hablado así; y toda cuestion queda concluida.» La palabra humana, al contrario, no es mas que una viajera linda, encantadora, vagabunda; la Iglesia la deja pasar; mira con solicitud sus corre-

rias, sus idas y venidas, sus vueltas y revueltas; la deja obrar; sabe que la es imposible alzar una obra doctrinal mas que la de Cristo. Y en efecto; un sistema ha reemplazado siempre á otro sistema, una cátedra se ha alzado sobre otra cátedra. ¿Qué había hecho la palabra humana de la humanidad antes del cristianismo? Basta mirar esos anfiteatros de Roma, y ver allí aquellos pueblos envilecidos de la antigüedad, que habían escrito con la pluma de Virgilio, y hablado con la lengua de Ciceron; aquellos emperadores, aquellos cónsules, aquellas mujeres que se estremecían de placer al ver, no animales combatir contra animales, sino hombres luchando contra hombres, hombres luchando contra fieras! ¿Cuál es el poder que convirtiera aquellos hombres en mansos y moderados, y cambiara las costumbres elevando las inteligencias? La palabra cristiana. Digamos cómo esta palabra fué traída á los antiguos iberos, nuestros antepasados. Escuchemos con respeto la historia de nuestros padres en la fé. Seguiremos con relacion á la llegada de nuestros primeros apóstoles las antiguas tradiciones de la nacion y de las iglesias de España, que jamás han sido desmentidas.

Santiago trajo á España la palabra evangélica. La nacion española debe su fé á uno de los apóstoles mas queridos de Jesucristo.

Santiago, hijo del Zebedeo y de Salomé, era hermano de san Juan Evangelista y pariente de Jesucristo. Se le llama el Mayor, para distinguirlo del apóstol del mismo nombre, que fué obispo de Jerusalem. Este último es llamado el Menor, porque fué llamado al apostolado despues de Santiago el Mayor.

Galilea fué la patria de Santiago; su oficio el de pescador en union de su padre y de su hermano. Los tres se hallaban establecidos en Bethsaida, donde vivía tambien san Pedro.

Atravesando Jesus el lago de Genesareth, vió á Pedro y á Andrés ocupados en la pesca. Los llamó y les mandó que le siguiesen, prometiéndoles hacerles pescadores de hombres. Habiéndose acercado á la orilla, vió á Santiago y á Juan que estaban limpiando sus redes en una barca con el Zebedeo su padre. Los llamó tambien. Los dos hermanos abandonaron inmediatamente sus redes, su barca y su padre, y le siguieron. Es probable que antes de esta vocacion, supiesen ya que Jesus era el Cristo. Podían haberlo sabido ó por las conversaciones que habían tenido con Pedro que vivía en la misma ciudad, ó por otros medios. De cualquier modo que fuese, apenas hubieron oído la voz del Señor y conocido su voluntad, lo abandonaron todo por obedecerle, sin vacilar, sin diferirlo, sin pensar en las consecuencias que pudiese tener su conducta. Fué entero y completo su sacrificio; Zebedeo aprobó la conducta de sus hijos, y la misma Salomé se consagró al servicio del Señor.

Santiago y san Juan asisten en el año 31 de la era vulgar á la curacion de la suegra de san Pedro, á la resurreccion de la hija de Jairo: fueron agregados al colegio de los apóstoles que formó Jesus en aquel año.

Jesus distingue entre todos los apóstoles á Pedro, Santiago y Juan, y los colma de especiales favores. Ellos fueron los únicos espectadores de su gloriosa transfiguracion en el Tabor, y los testigos de su agonía en el jardin de las Olivas.

La madre de Santiago y de Juan, preocupada del mérito de sus hijos, aguardaba mucho para ellos del honor que tenían de ser discípulos queridos y parientes de Jesus. Se imaginaba, segun la idea grosera que se habían formado los judíos del Mesías, que iba á establecer una monarquía temporal. Así pide al Salvador que haga sentar á sus dos hijos el uno á su derecha y el otro á su izquierda en su reino. Los hijos del Zebedeo hablaban sin duda por boca de su madre. En efecto, á ellos se dirige la respuesta de Jesus. «No sabeis, les dice, lo que os pedís. No se ensalza nadie por la ambicion en mi reino, sino por la humildad, los trabajos y la paciencia.» Les pregunta si podrían beber el cáliz de sus padecimientos. «Podemos» respondieron los dos apóstoles.

Muerto Jesus y resucitado al tercero dia, conversan con él, presencian su gloriosa ascension á los cielos, y despues de haber recibido el Espíritu Santo, trabaja Santiago con los demás apóstoles en propagar su divina palabra. Los escritores de los primeros siglos no nos han dejado detalle alguno de los trabajos de Santiago.

La tradicion de la iglesia de España, apoyada en la gran autoridad de san Isidoro y de san Gerónimo, es que Santiago, despues de haber predicado en Persia, abandonó aquellas comarcas y vino á traer su poderosa palabra, y con ella el Evangelio á la España, esta postrera provincia de Europa.

Ya se habían abierto á la luz de la fé los ojos de una muchedumbre escogida. Galicia, las Asturias, Castilla, que se llamaba entonces España Mayor, y casi toda la España Menor, y parte de la provincia de Aragon, habían recibido en su seno las semillas de la nueva doctrina. Estaba el apóstol evangelizando la ciudad de César Augusto, hoy Zaragoza; ocho discípulos tenía ya conquistados en esta ciudad, y con ellos salía todas las noches á recorrer las márgenes del Ebro para meditar con mas sosiego los sublimes misterios de la religion. Una de aquellas noches, á la hora en que estaba el apóstol esplicando á sus discípulos las palabras del Señor, caminando lentamente por las márgenes del rio, estaba todavía María, Madre de Dios y reina de los Angeles, en su vida mortal, implorando en su oratorio á Jesus, á su divino Hijo por aquel que, segun sabía, había de sellar el primero entre los apóstoles con su sangre la fé cristiana.

Esta presciencia del destino que estaba reservado á Santiago, despertaba en María un grande afecto hacia él. María, para confortar dulcemente al apóstol, vino en carne mortal á España en busca de Santiago, y le mandó volverse á Jerusalem; pero le mandó al mismo tiempo que no saliese de Zaragoza sin haber edificado un templo en honor suyo. María se apareció al apóstol Santiago cuando se hallaba rendido de cansancio y reposando con sus discípulos en las márgenes del Ebro. Los ángeles traían una pequeña columna de jaspe sobre la cual descansó la Santísima Virgen. Esta columna y la imagen de la Virgen, que los mismos ángeles colocaron despues en aquel pilar en que había descansado en vida la Reina de los ángeles, se conserva hoy en la mayor devocion en la ciudad de Zaragoza, habiéndose cumplido todas las promesas que había hecho la Madre de Dios, preservando, á pesar de todas las persecuciones, este glorioso pilar, el

cual subsistirá hasta la consumacion de los siglos. Esta milagrosa aparicion se verificó el 2 de enero del año 40 del nacimiento del Salvador, cuatro años despues de haber salido de Jerusalem el apóstol Santiago para predicar el Evangelio. Santiago torna, en cumplimiento del mandato de Maria, á Jerusalem. Debía preceder á todos los demás apóstoles en la carrera gloriosa del martirio.

Agrippa, nieto de Herodes, habia sido educado en Roma en el reinado de Tiberio. Allí habia conocido á Calígula y merecido la confianza de aquel príncipe, adulando bajamente sus pasiones. Apenas Calígula sube al trono imperial, para demostrar su afecto á Agrippa, le dá el titulo de rey con los tetrarcados de Philippes y de Lysanias que se hallaban vacantes. En el año 41 de Jesucristo, el emperador Claudio añade nuevas donaciones á las ya hechas por Calígula; de suerte que todo el pais anteriormente poseido por Herodes, fué colocado bajo la dominacion del nuevo rey. Brillante fué la corte de Agrippa, y jamás se habia desplegado en las provincias de Judea con mas magnificencia y ostentacion el aparato de la dignidad real. Suscitó una sangrienta persecucion contra los discípulos de Jesus para captarse la benevolencia de los judíos. Santiago fué la primera víctima de su política. Le hizo prender en la pascua del año 43, y mandó que le cortasen la cabeza, lo que se ejecutó el año 14 despues de la muerte de Cristo.

Pocos dias despues de haber sido degollado Santiago el Mayor, en una de las deliciosas noches en que las brisas agitan suavemente el mar interno en las costas de Palestina desde el monte Oreb hasta el Carmelo, salió silenciosamente del puerto de Joppe una pequeña embarcacion, en la cual siete jóvenes confiaron al mar el cadáver que conducian con la mayor veneracion, y aportaron á las costas de España. Aquellos siete jóvenes eran discípulos que habia hecho en España, y habian ido por el querido maestro degollado en Palestina. Sepultaron en España, en una ciudad llamada Iria Flavia, el cuerpo de su maestro.

La invasion de los árabes y las continuas guerras que desolaron la España, hicieron permanecer desconocido este paraje hasta que en 833 fué revelado á Teodomino, obispo de Iria, apareciéndose sobre el sitio en que se hallaba el sepulcro del santo apóstol, una brillante estrella, por lo que fué llamado *campus stellæ*, del que se deriva Compostela. Encontrado el sepulcro del santo, el rey D. Alonso el Casto fundó allí mismo una ciudad y un suntuoso templo, donde se trasladó la silla episcopal de Iria Flavia ó el Padron. Fué reedificada por Alonso III el Magno, y consagrada el 7 de mayo de 876, habiéndola hecho Metropolitana el pontífice Calisto II, en 1120. Ocho siglos habian trascurrido desde la llegada del santo apóstol á España, cuando el valeroso rey D. Ramiro, sucesor de Alonso el Casto, se hallaba empeñado contra el ejército del moro Abd-el-Rahman II en una de las mas peligrosas batallas con que probó Dios el esfuerzo y la constancia de las armas cristianas. En las cercanías de Logroño, entre los pueblos de Clavijo y Albelda, el ejército cristiano, alentado por una aparicion del apóstol Santiago, derrotó al ejército agareno. Desde entonces España invocó á este santo apóstol al comenzar todas las batallas.

El año 981 el rey D. Bermudo se apoderó de Santiago y una parte de Galicia perteneciente al rey D. Ramiro III de Leon. Los árabes, llamados contra D. Bermudo por el conde D. Rodrigo, entraron en Santiago y causaron gravísimos daños; empero de repente una epidemia, que fué mirada como un castigo del apóstol, hizo que la abandonasen. El año 997, Alagil Almanzór, general del califa de Córdoba, hizo una escursion hasta Galicia, talando y destruyendo todo, y aunque respetaron el sepulcro del santo, arrancaron sus puertas y las llevaron en trofeo, obligando á los cristianos á trasportar á Córdoba en hombros las campanas, para que sirviesen de lámparas á la famosa mezquita de la Meca. Cerca de tres siglos despues, Fernando III el Santo al conquistar á Córdoba, hizo volver las campanas á Santiago de Galicia en hombros de esclavos moros, borrando de este modo la mancha que antes habian impreso sobre la frente de los cristianos.

En la magnífica catedral de Santiago descansa el sepulcro del apóstol.

El sepulcro del apóstol Santiago fué en la edad media objeto de la mayor veneracion en toda la cristiandad. Se dirigian á él en peregrinacion los fieles, con casi igual fervor y entusiasmo que al santo sepulcro de Jerusalem. Era tan respetable, en efecto, la peregrinacion al santuario de Santiago, que solo el papa podia dispensar de ella. Cada siete años hay jubileo en Santiago, y allí acuden muchedumbre de peregrinos con el bordon en la mano y la esclavina cubierta de conchas.

La razon porque los peregrinos toman por divisa las conchas, y por lo que las tiene tambien el mismo apóstol Santiago en todas sus imágenes y retratos, se funda en una antiquísima tradicion. Cuentan que viniendo un caballero en seguimiento del glorioso cuerpo del santo apóstol, cuando sus discípulos le traian de Jerusalem á Galicia, no hallando pasaje en un brazo de mar que está hácia el valle de Camilla, se entró en el agua á caballo y pasó á Galicia. Cuando salió del agua, se vió todo el cuerpo como su caballo sembrado de conchas, por lo cual desde entonces se dieron por escudo de armas al apóstol y las usaron los peregrinos.

Santiago es el patron de España, y siempre los ejércitos españoles han invocado como grito de guerra: ¡Santiago! cierra España! en todas sus luchas. ¡Santiago! fué el grito precursor de las derrotas de los infieles por los cristianos, y Santiago repitieron los ecos bajo los muros de Granada, donde el islamismo recibió de manos de Isabel la Católica el golpe de muerte que libertó al Occidente de su furia, y Santiago han repetido hoy nuestros soldados en Africa.

Bajo la invocacion del apóstol querido del Señor se han fundado diversas órdenes militares. La mas famosa es la de España, que trae su origen desde la batalla de Clavijo, en tiempo del rey D. Ramiro, por los años de 846. Empero Fernando II fué el que, si no la instituyó, por lo menos la reformó en 1170, con el fin de combatir contra los infieles en defensa de su fé católica, y proteger á los que iban en peregrinacion al sepulcro del apóstol. D. Pedro Fernandez de Fuente Encalada fué el primer gran maestro, y el que reuniendo algunos caballeros á los ca-

nónigos de Loyo, pueblo inmediato á la Coruña, les sujetó á los ejercicios y actos de la orden bajo la regla de dichos canónigos. El pontífice Alejandro VIII confirmó la orden el 5 de junio de 1175 y les concedió varios privilegios; como el de no pagar diezmos, y el que las iglesias de la orden no estuviesen sujetas al diocesano, dependiendo directamente de su maestro. Muerto el último gran maestro, D. Alonso de Cárdenas, en 1470, cuando la orden era tan poderosa que el maestro hacia sombra á los reyes, el papa Adriano confirió el maestrazgo de esta orden perpétuamente, así como su administracion, al rey Fernando el Católico, quedando incorporada desde este tiempo á la corona de Castilla con las de Calatrava, Alcántara y Montesa.

En Portugal tambien hay establecida una orden de Santiago por el papa Nicolás IV.

Tambien en Holanda se estableció otra orden militar de caballería de Santiago, en 1290, por Florencio V, duque de Holanda y Celandia.

Hemos visto que al poder de la palabra del apóstol Santiago desaparecieron las tinieblas del paganismo en España, y que al mágico acento de su nombre, invocado en las batallas, lucharon los españoles durante siete siglos para reconquistar su patria y asegurar su independencia. Y el nombre de Santiago, aclamado desde la subida al trono de Pelayo, ha continuado hasta nuestros tiempos. Cuando el coloso del siglo, el Gran Capitan Napoleon I invadió pérfidamente la España y trató de aherrojarla á su carro triunfal, al que iba amarrada la Europa entera, Galicia, como la España toda, se levantó, formó cuerpos de voluntarios y un batallon con los estudiantes de Santiago: les dió la bandera del apóstol por guía y enseña, y cuando los franceses, á consecuencia de los movimientos de los ejércitos, ocuparon la ciudad conducidos por el general Marchand, que llevaba tres mil infantes, ochenta caballos y catorce piezas de artillería, el 23 de mayo de 1809, aquellos mal armados paisanos, aquellos soldados improvisados, derrotaron á las tropas de Napoleon en el *Campo de la Estrella*.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Sobre la importancia que debe concederse á varios de los signos que preceden á los fenómenos meteorológicos.

Por todos es hecho averiguado la desconfianza con que deben aceptarse las predicciones meteorológicas que en tono profético se anuncian, para mengua de la ciencia, en muchos de nuestros almanaques; pues si bien es verdad que existen ciertas leyes que preceden á varios fenómenos y cuya observacion continuada y concienzuda puede permitirnos deducir con suma probabilidad su manifestacion, no es menos cierto que los fenómenos meteorológicos son sumamente variables, y que causas numerosas, espontáneas muchas de ellas, concurren á modificarlos. Esto no quiere decir en manera alguna, que dejen de existir signos caracterizados, que pueden servir para anunciar con gran probabilidad el tiempo que deba hacer en un dia próximo, mucho mas,

cuando aquellos signos reconocen por causa de su existencia, leyes y principios científicos. El objeto de este artículo no es otro que el de indicar los signos á los cuales nos contraemos, y el de esponer la base racional sobre la que se fundan; y este conocimiento es indudablemente de verdadero interés para todas las industrias en las cuales el éxito ó la continuacion de sus faenas, depende en gran parte del estado meteorológico.

Levantemos los ojos al cielo y digamos cómo su color y el brillo de las estrellas que lo tachonan, pueden servirnos de signo para deducir con harta probabilidad los fenómenos meteorológicos que presenciaremos el día siguiente á la noche á la cual se refiera nuestra observacion. El estado de la atmósfera no es igual en el invierno y en el verano, cuando hace buen tiempo: en la primera estacion reina una temperatura baja, la atmósfera se halla muy seca y el azul del cielo y el brillo de las estrellas es muy intenso. No acontece así en el verano, puesto que existe constantemente en el aire cierta cantidad de vapores, que interponiéndose entre la vista del observador y la bóveda celeste, roban á los astros que en ella brillan, gran parte de su transparencia. Por consiguiente, si durante una noche de invierno pierde el azul del cielo su brillo, y las estrellas se ocultan, al parecer, tras un velo ténue que debilita la intensidad de sus rayos, sin que se note ninguna elevacion sensible de temperatura, es muy probable que lloverá al día siguiente, ó cuando menos que cambiará el tiempo cubriéndose de nubes el cielo. Las causas que esplican este acontecimiento, son las que siguen: reinando una temperatura baja, para que haya buen tiempo, es indispensable que el aire se mantenga seco; pues de no ser así, los vapores existentes en la atmósfera se condensarian para formar nubes, y los signos que indican la presencia de dichos vapores, son la pérdida del brillo de las estrellas y del azul del cielo, vapores que en razon á lo bajo de la temperatura terminarán condensándose.

Otras, y bien diferentes por cierto, son las condiciones meteorológicas que sostienen el buen tiempo en el verano: el calor del sol origina una evaporacion muy activa y el aire se encuentra impregnado constantemente de vapores, siendo preciso, por lo tanto, para que subsista el buen tiempo, que la temperatura sea muy elevada, porque de no ser así, se condensarán aquellos formando nubes. Un cambio de temperatura producirá una variacion en el tiempo, ó cuando no exista esta, indicará dicho cambio el que el color del cielo y la luz de las estrellas adquiera el aspecto y brillo que poseen en el invierno, y al cual nos hemos contraído anteriormente. Es decir, que si notamos, sin haberse observado variaciones sensibles en el grado calorífico de la atmósfera, que lucen las estrellas con brillo notable, es indudable que se han condensado los vapores contenidos en el aire, y que al día siguiente si no lueve, no dejará el cielo de cubrirse de nubes.

Digamos desde luego, como deduccion de los principios que acabamos de esponer, que cualquier cambio súbito en la temperatura de la atmósfera indica variacion de tiempo, anunciando la lluvia con harta frecuencia. Supongamos que descienda súbitamente la temperatura: en

este caso el frio condensa los vapores contenidos en el aire, dando origen á la lluvia; por el contrario, si encontrándose fria la temperatura se eleva rápida y bruscamente, el calor condensará los vapores y dará tambien por resultado la lluvia, puesto que el aire se satura de vapores á causa de la evaporacion rápida que produce el ascenso de la temperatura, menos intensa cuando reina el frio.

Las variaciones del aire modifican igualmente el estado de la atmósfera, siendo el origen de este hecho, las causas que hemos apuntado anteriormente. Si se declara repentinamente una corriente de aire frio, es indudable que condensará los vapores existentes en la atmósfera, dando origen á nubes, nieblas ó lluvias; si un viento cálido saturado de vapor encuentra una corriente fria, tambien originará resultados análogos á los que acabamos de esponer; por el contrario, si una corriente de aire caliente pasa por el espacio que ocupan las nubes, las dispersará absorbiendo sus vapores. Como corroboracion de los cambios que ejercen sobre el tiempo las variaciones de los tiempos, importa manifestar que los países mas lluviosos son aquellos en los cuales varían los vientos con mayor frecuencia, como acontece en Inglaterra, y las localidades en las que el tiempo subsiste mas despejado, aquellas en las cuales los vientos son mas constantes, como ocurre, por ejemplo, en Egipto.

El aspecto de la luna sirve para atestiguar igualmente, y de una manera mas cierta que el brillo de las estrellas y el color del cielo, la presencia de los vapores en la atmósfera. Es sabido que cuando la luz de la luna cruza masas considerables de vapor, se forman, como efecto de la refraccion, círculos de diverso color, que se denominan *halos*. La existencia de este fenómeno, que se nota igualmente en el sol, indica que hay vapores en la atmósfera, y que principian á condensarse para formar las nubes, sin que por esto queramos consignar, que deba surgir la lluvia.

Volveremos á repetir antes de tratar de otros varios signos, que segun la opinion general, indican igualmente los cambios de tiempo, y en particular la proximidad de la lluvia, que los fenómenos de los cuales nos hemos ocupado, manifiestan con bastante exactitud los cambios atmosféricos, sin que pretendamos por esto que deba atribuirseles mayor confianza de la que justamente merecen; puesto que segun hemos dicho al principio de este artículo, causas imprevistas no solo pueden modificar, sino lo que es mas, variar por completo los cambios previstos. Las observaciones que se efectúan asidua y concertadamente en todos los puntos del globo, y de las cuales la meteorología ha alcanzado ya notables adelantamientos, quizás algun día den la clave al hombre de los fenómenos que surgen en la atmósfera, á pesar del carácter variable que los singulariza; pero hasta hoy no se ha logrado este resultado, y si bien puede preverse con bastante probabilidad por los signos atmosféricos hoy subsistentes, el tiempo que pueda hacer *mañana*, no es posible asegurarlo con certeza absoluta.

Existen igualmente, segun hemos dicho en el párrafo anterior, infinidad de signos que, segun la observacion efectuada en diferentes países, anuncian la proximidad de las lluvias, y por lo

tanto, un próximo cambio atmosférico. Tarea enojosa fuera, por cierto, la de ocuparnos de su examen; pero antes de terminar, indicaremos algunos de ellos, dando á conocer las razones científicas bajo las cuales se basan.

Se dice, por ejemplo, que cuando va á llover, es mas enérgico y embriagador el olor que esparcen las flores; y esta opinion vulgar se explica perfectamente si se tiene en cuenta, que la humedad del aire detiene el ascenso á las capas superiores de la atmósfera de los principios odoríficos que exhalan las flores, y además, que los aceites ó esencias que originan el olor de aquellas, exigen para su desarrollo perfecto la existencia en el aire de una gran dosis de humedad.

Cuando vuelan las golondrinas muy próximas á la tierra, y cuando se dificulta el tiro de las chimeneas ó el ascenso del humo que arrojan á la atmósfera, se dice igualmente que estos signos indican la proximidad de la lluvia.—En honor á la verdad, no dejan de reposar estos hechos sobre varios principios racionales ó científicos. El tiro de las chimeneas ó el ascenso del humo, es mucho mas difícil en tiempo húmedo que cuando este es seco, y la humedad del aire mezclándose con el humo, aumenta su pes antez. Las golondrinas se mantienen en gran parte de los insectos que existen en la atmósfera, y como al aproximarse la lluvia descienden de las regiones frias y superiores del aire, para buscar próximas á la tierra las capas mas cálidas, las golondrinas acercan su vuelo á la superficie de la tierra, para encontrar el pasto que las mantiene.

Creemos suficientes los ejemplos que hemos citado para comprobar, que aun respecto á los hechos mas comunes y al parecer de menor interés, siempre posee la ciencia medios para su explicacion, y para indagar el grado de exactitud ó de probabilidad que en sí entrañan.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

De una correspondencia de Turin, del 6 del corriente, tomamos los siguientes significativos párrafos:

«La verdad es que el Austria obra como en enero de 1859. Mantua ha recibido 64 cañones rayados de gran calibre. A Peschiera han ido 20, y tanto en estas dos formidables fortalezas como en Verona, la mas importante de todas, se verifican grandes y constantes trabajos de fortificacion. El Lido de Venecia es ya una fortaleza. El ejército austriaco de Italia cuenta 150,000 hombres, lo cual no obsta para que todos los días Verona y Venecia, Pádua y Treviso, sean teatro de elocuentes manifestaciones italianas y punto de partida de una constante emigracion á la Lombardia.

»Aquí se responde á esta actitud con grandes aprestos militares y nuevos armamentos. El plan estratégico consiste en fortificar á Bolonia, Ferrara, Brescia, Pizighetone, Plasencia y Pavia, para lo cual se señalan cuarenta millones de reales en el presupuesto. El ejército de la Lombardia y del Piamonte debe constar, con las reservas, de 150,000 hombres, y de 50,000 el de la Italia Central. Además, con la suscripcion de Ga-

ribaldi se están adquiriendo todos los rifles y el equipo necesario para un cuerpo de voluntarios de 15,000 hombres.

»Lo mas serio de todo es, que á pretexto de completar los regimientos y de cubrir bajas, la Francia envia todos los dias nuevos soldados á Italia, donde entre Génova, Roma, Milan y demás ciudades, tendrá hoy de 60 á 70,000 hombres. El material de artillería, sobre todo, recibe gran aumento, y los regimientos de caballería tienen doscientos hombres desmontados, que en un momento pueden acrecentar esta arma, la mas difícil de trasportar por mar.»

Los párrafos que acabamos de transcribir ponen completamente de manifiesto lo precario é inseguro de la presente situacion de Italia, y hacen presentir la inminencia de un terrible conflicto en aquel país; conflicto que indudablemente se haria al punto estensivo á toda Europa, cada dia mas conmovida y alarmada.

El *Momento*, periódico italiano, anuncia que las tropas francesas deben reunirse en la línea del Mincio para proteger la no intervencion, en el caso de que Roma y Nápoles quisiesen atacar la Italia Central. Se han dado las órdenes oportunas para abastecer abundantemente al ejército francés.

Dice el *Independente* que ha sabido por conducto fidedigno, que el Austria reúne 100,000 hombres en Venecia. En las inmediaciones de Vicenza se establecerá un campo de observacion de 30,000.

Segun el *Nord* de Bruselas, en la respuesta dada por el Austria á la Francia, se dice que el principio de no intervenir es diariamente violado por el Piamonte, y que el Austria no puede separarse de los compromisos de Villafranca y de las estipulaciones de Zurich; que si se respeta lo concerniente al Véneto, debe respetarse lo de los Ducados, y que el Austria no se opondria con las armas á la prueba que va á hacerse en Italia, segura de que van á triunfar el derecho y la justicia.

De Nápoles escriben que el rey no conseguia decidir á Cassaro á que formase un ministerio; circulaba, sin embargo, una candidatura ministerial. El rey habia revistado varios regimientos; se organizaban nuevos batallones indigenas y extranjeros, y se procedia á la movilizacion de 15,000 guardias municipales, en los Abruzzos.

El *Monitor* de París anuncia que la apertura del senado y el cuerpo legislativo se aplaza para el 1.º de marzo.

Cartas de Sicilia dicen que se han hecho prisiones en dicha isla; que los excesos de la policia se multiplican; que algunas mujeres (el despacho redactado en francés dice *feches*, sin duda por decir *femmes*) han sido violadas y golpeadas; que los presos políticos son torturados; que circulan proclamas escitando á los sicilianos á la insurreccion, y que se victorea á Italia y á Victor Manuel.

En una correspondencia de París se dice que el papa está resuelto á no hacer concesion alguna; asegurábase tambien que ya estaba dispuesta la bula de ex-comunion, y que se publicará luego que el rey del Piamonte penetre en las Legaciones.

Corrian estos dias rumores en París de haberse dado orden al ejército francés de estar dis-

puesto á marchar, pues se teme que el rey de Nápoles proyecte alguna empresa en las Marcas.

El *Courrier du Dimanche* da cuenta de dos despachos trasmitidos por Mr. Thouvenel al embajador de Francia en Viena. En el primero trata el ministro francés de eximir á su emperador de toda responsabilidad respecto á lo que hoy pasa en Italia; expone la necesidad de someterse á los acontecimientos, siempre que estos no hieran los derechos é intereses del Austria, y concluye deseando un acuerdo amistoso entre ambas potencias, en lo relativo á las proposiciones británicas. En el segundo, segun dice el *Courrier*, Thouvenel ha hecho representaciones amigables, pero enérgicas, al gobierno austriaco, á propósito de los enganches que las córtes de Nápoles y Roma hacen en su territorio, y de las medidas de rigor de que es victima Venecia.

Un periódico de Dresde dice, aunque no sabemos con qué fundamento, que Francia ha invitado al papa á que presente por sí mismo proposiciones para el arreglo de la cuestion de la Romanía.

La *Gaceta de Francia* ha recibido la segunda advertencia, por haber calumniado el gran acto por el cual Napoleon I restableció en Francia el culto católico.

El *Monitor* dice que el 12 del corriente dirigió Mr. Thouvenel una circular al conde de Grammont, esponiendo la causa de la sublevacion de la Romanía, descargando á Francia de toda responsabilidad en ella, proclamando la imposibilidad politica de una intervencion ni una ocupacion, y encareciendo la necesidad de que la Santa Sede observe una conducta moderada y conciliadora.

Contestando Russell á Peel en el parlamento, manifestó haber declarado el Piamonte que no ha contraido compromiso alguno de ceder la Saboya y Niza, ni tiene intencion de enagenar estos Estados.

El espresado ministro ha manifestado además en las cámaras, que el gobierno francés ha dado seguridades de que no adoptaria resolucion ninguna definitiva en la cuestion de Saboya, antes de haber consultado á las grandes potencias.

Por lo demás, y esto es muy notable, el *Morning-Post* publica un artículo en que demuestra por medio de pruebas históricas, la justicia que asiste á la Francia en sus reclamaciones sobre la anexion de la Saboya y Niza.

Una carta de Viena, publicada en la *Nueva Gaceta de Prusia*, afirma que el gobierno austriaco ha suspendido la reduccion del ejército. Habíase prohibido la esportacion de caballos á Cerdeña, Módena, la Toscana y la Romanía. La administracion militar habia remitido hornos y panaderos de Trieste á Ancona.

Por otra parte, el general Benedeck ha sido nombrado para ocupar el puesto que desempeñaba el jubilado Hess, vencido en Italia.

Vemos, pues, que la guerra llama á nuestras puertas á principios de 1860, con tanta violencia y con anuncios mucho mas alarmantes esta vez, que á principios de 1859.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—Los mallorquines residentes en esta córte

han inaugurado una reunion semanal, puramente amistosa, con el fin de avivar el recuerdo de su deliciosa isla.

—Entre los varios servicios prestados por la Guardia civil en el mes anterior, se cuentan las siguientes capturas: 214 criminales en la provincia de Granada; 95 en la de Oviedo; 202 en la de Sevilla; 30 en la de Ciudad-Real, 51 en la de Badajoz, y 22 en la de Alava. Cada dia que pasa se hace mas acreedor á la estimacion pública este distinguido cuerpo.

—Por real orden de 16 del actual ha sido autorizado D. Ildefonso Cerdá para verificar, en el término de doce meses, los estudios de reforma y mejora de esta capital, que comprenderán, no solo la del plano horizontal, sino tambien las de las rasantes de las calles, y en cuya redaccion deberá tener presente los ya verificados para el ensanche, así como las obras ejecutadas en el alcantarillado y conduccion de aguas; sin que por esa gracia se le conceda otro derecho que el de la propiedad de sus trabajos, ni indemnizacion alguna por los que al efecto practique, los que en caso necesario podrá adquirir el ayuntamiento de Madrid, procediéndose con respecto á su tasacion en la misma forma y bajo las disposiciones que rigen para casos análogos en los de ferro-carriles.

—Ha sido autorizado D. Narciso Gruart para aprovechar, sin perjuicio de tercero, las aguas que sean necesarias de la riera llamada Bernueda, para el riego de algunos terrenos de su propiedad en el término de Casá de la Selva, provincia de Gerona.

En iguales términos lo ha sido D. José Almirall, para aprovechar las que precise del rio Noya, término municipal de Martorell, para el riego de algunos terrenos de su propiedad inmediatos al mismo.

—La *Gaceta* ha publicado el anuncio de subasta para la adquisicion de 1,800 carabinas rayadas y 600 pistolas revolver s. Las proposiciones deberán presentarse en pliego cerrado, en el término de 19 dias á contar desde la fecha del anuncio, en la comandancia de artillería del parque de esta córte, en la que estarán de manifiesto el pliego de condiciones, modelos y demás documentos necesarios.

—El periódico oficial ha insertado la relacion de los privilegios de industria concedidos en el segundo semestre del año próximo pasado, en número de 71.

—La real Compañía de canalizacion del Ebro, auxiliada por la sociedad del Crédit Movilier, ha dado un notable impulso á sus obras en el año de 1859, dejando por terminada la del canal de riego de Cherta á Amposta y el de Salinas, con lo cual pudieron disfrutar de su beneficio los terrenos colindantes.

—El dia 16 de marzo próximo se verificará en la direccion general de Obras públicas y ante el gobernador de la provincia de Logroño, la subasta de las obras de la carretera de tercer orden que, partiendo en Villanueva de la de Soria á Logroño, termina en Ortigosa, cuyo presupuesto asciende á 202,625 rs. 95 céntimos.

—Se está terminando la construccion de la magnífica casa destinada á la fábrica de moneda y de papel sellado, una de las muchas obras que dejarán un grato é importante recuerdo del rei-

nado de Isabel II. Habiéndose notado que no había suficiente desahogo para que la del papel sellado estuviese reunida á la de moneda, sabemos que se ha dispuesto la construcción de diversas habitaciones dentro de un gran patio cuya amplitud no se considera precisa.

— Parece que se trata de construir un nuevo edificio destinado á Aduana de esta corte, con las proporciones convenientes y adecuadas al gran movimiento que representa el comercio de Madrid, y que es de esperar vaya cada día en aumento. Ya se ha dado encargo al arquitecto señor Vardua para que levante los planos y forme el presupuesto de los gastos que exige el nuevo establecimiento.

— El día 24 de marzo próximo se procederá en el establecimiento de minas de Riotinto á la adquisición de 18 mulas que son necesarias para el servicio del mismo, al precio máximo de 3,800 rs. admisible y con arreglo al pliego de condiciones que está de manifiesto en dicho establecimiento y en la Dirección general del ramo.

— El canal de Isabel II, que lleva consumidos hasta el día mas de 150 millones de reales, ha tenido que arrostrar innumerables contratiempos, algunos de los cuales se han vencido con suma inteligencia. Parte de su objeto se ha conseguido ya, puesto que en el último verano hemos visto correr abundantemente las fuentes públicas surtidas con las aguas del Lozoya; pero como esto no bastaba, y las filtraciones de la presa y mina de desagüe amenazaban sepultar tantos sacrificios, hubo de adoptarse el pensamiento de prolongar el canal por un túnel de mas de seis kilómetros de estension agua arriba del Lozoya, para tomar directamente las aguas del rio, con independencia de la presa, y atacar despues las filtraciones por su entrada en el cauce del rio, revistiendo de mampostería la parte necesaria.

Esto es lo que ocupa los trabajos actuales; y en vista de los adelantos de las obras, se cree que en el presente año puede llegar á Madrid, sin interrupción, todo el caudal de aguas del Lozoya.

Para su distribución interior en la capital tambien se hallan muy adelantados los trabajos, puesto que terminadas hace algun tiempo las galerías principales en las calles de Fuencarral, Ancha de San Bernardo, plaza de Santo Domingo, continuacion hasta la calle del Arenal y de las Fuentes, calle Mayor y de Carretas, está próxima á su terminación la de la Carrera de San Gerónimo, y se continúa la de Fuencarral por la de la Montera. La tubería del cuartel del Norte de Madrid, sabido es que ya tiene colocadas y en servicio sus muchas fuentes de vecindad y bocas de riego é incendios.

RÓMULO.

REVISTA MUSICAL.

Es tan escaso el movimiento musical que se nota en Madrid, que apenas basta para dar asunto á nuestras revistas.

Esta calma, esta quietud, esta indiferencia, nos llena de tristeza.

Para nosotros seria una gran satisfacción asistir todos los días á la representación de óperas nuevas, de zarzuelas originales; no nos fatigaría oír todas las noches en brillantes conciertos esas

magníficas piezas vocales é instrumentales que recuerdan la época mas floreciente de la música europea, esas páginas de Mozart y Beethoven, mezcladas con las fantásticas inspiraciones de Thalberg y de Herz, con las bellísimas melodías de Rossini y Bellini, con las armoniosas baladas del Norte, con las preciosas romanzas que forman el tesoro de la música francesa, con las sentidas y agradables canciones españolas.

Abandonar un salon de concierto para correr á un teatro, registrar los periódicos italianos, que reasumen en sus columnas los acontecimientos musicales de Europa, oír las nuevas inspiraciones de nuestros compositores; esta actividad nos complacería y nos haría esperar con fundamento un porvenir dichoso para el arte. Pero en vez de ocuparnos en tan gratas tareas, en vez de una vida agitada, nuestros músicos nos proporcionan una tranquilidad que se asemeja al no ser.

En París no pasa un solo día sin que un nuevo wals, una nueva *quadrille*, una romanza *apropós*, una canción de circunstancias, un concierto interesante, una obra didáctica, un libro entretenido de anécdotas ó de biografías de los músicos mas notables, no pasa un solo día sin que legue á los demás alguna señal de vida del arte musical.

Aquel público corre frenético del teatro italiano al de la Opera-cómica, de la Gran Opera al *Palais-Royal*, desde la sala Herz á los bailes de máscaras, desde los cafés cantantes á las *soirées* de los orfeonistas; los contrastes le embriagan, necesita apagar su fiebre musical, y como á los sedientos, nada le basta; necesitan para el momento, consiguen lo que necesitan, y el presente les hace desear el porvenir.

En cambio aquí, nuestros mas distinguidos compositores, con escepcion de los que afortunadamente cultivan la zarzuela, permanecen oscurecidos todo el año. El Conservatorio solo da señales de vida en la época de sus concursos. Si alguna vez se celebra un concierto público, son artistas extranjeros los que le motivan. Los que se verifican en las casas particulares pasan desapercibidos, ó parece que se desea para ellos el mayor misterio.

Los calcógrafos reproducen las composiciones de nuestros músicos, los almacenes las depositan en sus escaparates, cuando mas el *Diario de Avisos* se encarga de anunciarlas, y únicamente conserva nuestra esfera musical la animación que la prestan la zarzuela y la ópera.

¿Por qué esta indiferencia motivada por la pereza y el abandono de los que mas interés debían tener en despertar en el público la animación tan necesaria á todas las artes?

Si algo pudiéramos conseguir con nuestras indicaciones, continuaríamos trazando el triste cuadro que nos ofrece el arte; pero son inútiles y perdemos el tiempo.

Casi todas las óperas que se han cantado en el Régio Coliseo son ya muy conocidas, y de su ejecución poco podríamos decir que interesase á nuestros lectores.

Pasemos á ocuparnos de dos nuevas zarzuelas estrenadas recientemente en los teatros de Novedades y del Príncipe.

La primera, del Sr. Llorens, laborioso compositor, pero poco inspirado, tuvo un éxito efímero. Titulada la *Toma de Tetuan*, agradó por lo

que representaba. Aquella música en otro libro hubiera sido recibida con frialdad. Es de muy escaso mérito, y conocemos composiciones mucho mejores de su mismo autor.

La segunda, los *Celos de Mateo*, se ha ejecutado en el teatro del Príncipe. Esta obra carece de importancia musical. El corte de las piezas está estereotipado en el de otras zarzuelas, y lo único que las diferencia es el encogimiento, la timidez con que están presentadas.

Una romanza, cuyo motivo no carece de belleza, nos recordó el de otra muy conocida y muy oída en el coliseo de Jovellanos.

La instrumentación es muy pobre.

Un poco mas de práctica en la composición y algunos pensamientos originales desarrollados con mas espontaneidad, podrán hacer del autor de la música de los *Celos de Mateo*, un compositor regular.

Hasta ahora, todo lo mas que puede decirse es que promete.

Para concluir, anunciaremos que en el teatro Real, además de las óperas *Roberto Devereux* y *Les Tré Noce* y *Sardanápalo*, de Allari, se prepara la *Somnábula*, que será interpretada por la Sra. Fioretti y Nandin.

En la zarzuela, á las representaciones de *D. Bucéfalo* seguirán las de una zarzuela que están concluyendo los señores Olona y Arrieta.

Es la primera obra que hacen juntos el popular poeta y el inspirado compositor.

J. NOMBELA.

CRÍTICA TEATRAL.

Escasez de producciones. — TEATRO DEL PRÍNCIPE. — SUEÑOS DE AMOR, comedia en tres actos de MM. Scribe y de Biéville, y arreglada á la escena española. — TEATRO DE LOPE DE VEGA. — Últimas funciones de temporada en este teatro. — TEATRO DEL CIRCO. — LUIS ONCENO. — El Sr. Valero. — Teatro francés.

En la revista anterior nos despedimos de nuestros lectores con la esperanza de que en esta vez podríamos decirles algo nuevo acerca de nuestros teatros; por desgracia no ha sido así; ninguna producción nueva original nos han ofrecido estos, y solo el coliseo del Príncipe ha dado señales de vida, poniendo en escena la comedia en tres actos, debida á la fecunda pluma del gran ingenio francés Mr. Scribe, y arreglada á nuestra escena.

Un sentimiento de delicadeza nos impide hablar por cuenta propia del éxito que obtuvo esta producción; empero, como prueba de nuestra imparcialidad, y movidos por una lealtad que sabrán apreciar nuestros lectores, insertamos á continuación lo que acerca de esta obra han dicho algunos de nuestros colegas.

El *Diario Español* se expresaba de este modo: «Sueños de amor, comedia en tres actos, traducida de otra original del fecundo é ingenioso Scribe, que se representó anoche en el teatro del Príncipe, obtuvo un éxito bastante frío, aunque sin merecerlo.»

La *Iberia* decía lo siguiente:

«Sueños de amor, comedia en tres actos del fecundo Scribe, traducida por el Sr. García Gon-

zalez, es una obra sumamente lánguida que si algo prueba, es la lastimosa decadencia del gran ingenio francés.

»Una niña simple, completa caricatura del sentimentalismo romántico, y casada con un hombre cándido, se nos presenta víctima de una *pasion póstuma*, nacida en el colegio y alimentada después con algunos recuerdos vagos como su amor. El objeto de esta pasión, á quien se creía muerto, se presenta de repente en la forma de marino, enamorado de una hermana de la sentimental niña, especie de filósofo con miriñaque; y curada al fin la displicente criatura de su vaporoso amor, termina la comedia entre la glacial indiferencia de los espectadores.

»En la ejecución tuvimos ocasión de observar una vez más los muchos gestos y dengues que hace con su cara la señorita Hijosa, pequeña actriz que, tomando como moneda corriente los exagerados elogios de la gacetilla, se ha creído una eminencia en el arte á juzgar por su tonillo displicente y satisfecho.

»Vimos también al Sr. Catatina (D. Juan), repitiendo como un chico de la escuela las palabras que el apuntador se esforzaba en transmitirle chillando como un desesperado.

»Vimos además que unos actores llevaban trage de invierno, otros de primavera y otros de verano, formando un conjunto tan extraño como grotesco.

»Vimos, en fin, lo que se llama una ejecución desgraciada.»

Las *Novedades*:

«*Sueños de amor*. Anoche se estrenó en el teatro del Príncipe la comedia de Scribe, *Reves l'amour*, traducida y arreglada á nuestra escena con el título que sirve de epigrafe á esta gacetilla.

»Ni se aplaudió, ni se silbó; pasó, y es todo á cuanto podía aspirar la obra: la vida de los *Sueños de amor* será una vida bien efímera.»

Por último, la *España* decía lo siguiente:

«*Estrenos*.—Anoche tuvo lugar en el teatro del Príncipe el de la comedia en tres actos *Sueños de amor*, que fué acogida por el público con alguna frialdad; abunda, sin embargo, en situaciones cómicas, y en el enredo deja conocer á las claras la mano de Scribe, autor del original francés. El Sr. Catalina, D. Manuel, se distinguió en el desempeño de la obra.»

Hasta aquí nuestros colegas de la prensa, cuyo fallo respetamos, y al que nos sometemos gustosos como buenos compañeros.

Ejecutóse después el juguete cómico-lírico en un acto, titulado *Los Celos de Mateo*, sainete lleno de insulseces y sin sentido común; pero que el público halló de su gusto á juzgar por los aplausos que partían de las galerías: ¡con cuánta razón decía Lope de Vega!

«El vulgo es necio,
Y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.»

El teatro de Lope de Vega se ha visto obligado á cerrar sus puertas al público, á causa de la poca fortuna con que ha venido luchando desde el principio de la temporada cómica. Por nuestra parte sentimos que un actor tan eminente como el Sr. Romea haya obtenido por premio á sus desvelos y trabajos la completa indiferencia del público.

En el coliseo del Circo se ha puesto últimamente en escena el sombrío drama de Casimir Delavigne, titulado, *Luis XI*, y en cuyo desempeño raya á tanta altura el Sr. Valero.

El teatro de Novedades ha cerrado también sus puertas por falta de público.

Por último, el teatro Francés, menos concurrido este año que los anteriores, ha puesto en escena la comedia de costumbres de Mr. Octave Feuillet, titulada *La Crisis*, en cuya ejecución se esmeraron Mlle. Courtais y Mr. André; *Une Maitresse tres agréable*, *Le baron de Fourchevif*, *Risette ou les millions dans la mansarde* y *le Meli-Melo de la rue Meslay*; *Toinette et son carabinier*, representada por primera vez en la temporada actual, ha sido muy aplaudida; y en el vaudeville en un acto *Une epreuve ante la lettre*, gustaron mucho Milles. Courtais y Brunet, y MM. Arnaud Collin y Lecart, que dejaron en extremo satisfecha á la ilustrada aunque escasa concurrencia que asiste al elegante coliseo de la calle de la Magdalena.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Memoria acerca del estado de la enseñanza en los establecimientos de la Universidad Central de 1858 á 1859.—Anuario (de la misma) de 1859 á 1860. Madrid, 1859, un tomo en 8.º

El secretario de nuestra Universidad Central, D. Victoriano Mariño, ha publicado, conforme á los artículos 26 y 29 del reglamento general administrativo y á la orden de la Dirección general de Instrucción pública, fecha 4 de noviembre de 1859, la presente memoria, primera en su clase y de gran importancia para el conocimiento del presente estado de nuestra Universidad y distrito que abraza. El modo imparcial con que el redactor de este trabajo aprecia brevemente, pero con precisión, el estado de prosperidad, si hoy bastante en auge, en esperanza mañana de un brillante desarrollo, nos da un conocimiento suficiente de lo que prometen nuestros públicos establecimientos de enseñanza. Por otra parte, el crecido número de datos estadísticos que ofrece este trabajo, permite ver diminutamente todos los pormenores del personal de la enseñanza en el distrito, así cuanto á los jefes, profesores y sirvientes de los mencionados establecimientos, como á los alumnos que concurren á recibir instrucción en las diferentes escuelas. Por lo primero se adquiere idea, sobre todo, del gran desarrollo del profesorado público en España, así como de las crecidas sumas, que á su mantenimiento se destinan del presupuesto general; y por lo segundo se advierte, en vista del gran número de alumnos, resultado de sus exámenes y ejercicios y otros pormenores igualmente interesantes, cuánto cunde entre la juventud el deseo de saber, y cuán útiles resultados se promete aquella de consagrarse á cultivar las más difíciles carreras y profesiones del estado.

FRANCISCO GAYOSO.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Antología española.—Colección de trozos escogidos de los mejores hablistas en prosa

y verso desde el siglo xv hasta nuestros días, por D. Carlos de Ochoa. Madrid, 1860. Un bonito tomo de unas 900 páginas.—Precios: 20 rs. en Madrid y 24 en Provincias.

Para dar una idea de esta importante obrita citarémos los autores de donde se han estracado los trozos.

PRIMERA PARTE.—*Prosa*.—Gutierrez Diaz de Gamez.—Hernan Gomez de Ciudad Real.—El Marqués de Santillana.—Mosen Diego de Valera.—Fernan Perez de Guzman.—El Bachiller Alfonso de la Torre.—Fernando del Pulgar.—Fr. D. Antonio de Guevara.—El Maestro Fernan Perez de Oliva.—El doctor Francisco de Villalobos.—Pedro Mejia.—Luis Mejia.—D. Luis de Avila y Zúñiga.—Francisco Cervantes de Salazar.—Florian de Ocampo.—El Maestro Alejo Venegas.—El V. Maestro Juan de Avila.—D. Diego Hurtado de Mendoza.—Fr. Luis de Granada.—Santa Teresa de Jesus.—Fr. Diego de Estella.—Fr. Luis de Leon.—Fr. Diego de Yepes.—Fr. Pedro Malon de Chaide.—San Juan de la Cruz.—Fr. Fernando de Zárate.—Fr. José de Sigüenza.—El P. Juan de Mariana.—Antonio Perez.—Miguel de Cervantes Saavedra.—Mateo Aleman.—Bartolomé Leonardo de Argensola.—D. Carlos Coloma.—D. Francisco de Quevedo y Villegas.—D. Diego de Saavedra Fajardo.—D. Francisco de Moncada.—D. Luis Velez de Guevara.—El P. Juan Eusebio de Nieremberg.—D. Antonio de Solis.—D. Francisco Manuel de Melo.—El P. Fr. Benito Gerónimo Feijóo.—D. Gregorio Mayans y Siscar.—El P. José Francisco de Isla.—D. Antonio de Capmany.—D. Melchor Gaspar de Jovellanos.—D. Manuel José Quintana.—D. Félix José Reinoso.—D. Alberto Lista.—El doctor D. Sebastian de Miñano.—D. José Joaquín de Mora.—El Conde de Toreno.—D. Francisco Martínez de la Rosa.—D. Antonio Alcalá Galiano.—D. Agustín Durán.—D. José Morales Santisteban.—D. Ramon de Mesonero Romanos.—D. Juan de Valdés.—D. Modesto Lafuente.—D. Joaquín Francisco Pacheco.—D. Antonio María Segovia.—D. Jaime Balmes.—D. Mariano José de Larra.—D. Juan Donoso Cortés.—D. Pascual de Gayangos.—Don Antonio Ferrer del Rio.—D. Eugenio de Ochoa.—Fernan Caballero.—D. José María Quadrado.—D. Rafael María Baralt.—D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe.—Don Leopoldo Augusto de Cueto.—D. Cayetano Rosell.—D. Pedro de Madrazo.—D. Manuel Cañete.

SEGUNDA PARTE.—*Verso*.—Juan de Mena.—El Marqués de Santillana.—Jorge Manrique.—Garcilaso de la Vega.—D. Diego de Mendoza.—Santa Teresa de Jesus.—Gutierrez de Setina.—Fr. Luis de Leon.—Baltasar de Alcázar.—D. Alfonso Ercilla.—Francisco de la Torre.—Fernando de Herrera.—San Juan de la Cruz.—Vicente Espinel.—D. Juan de Arguijo.—Gaspar Gil Polo.—D. Luis de Góngora.—Lupercio Leonardo de Argensola.—Bartolomé Leonardo de Argensola.—D. Juan de Jáuregui.—D. Francisco de Quevedo.—Francisco de Rioja.—D. Esteban Manuel de Villegas.—D. Ignacio de Luzán.—D. Nicolás Fernández de Moratín.—D. José Cadalso.—D. Gaspar Melchor de Jovellanos.—D. Félix María Samaniego.—D. Tomás de Iriarte.—D. Juan Melendez Valdés.—D. Leandro Fernández de Moratín.—D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.—D. Juan Bautista Arriaza.—D. Manuel José Quintana.—D. Félix José Reinoso.—D. Alberto Lista.—D. Juan Nicasio Gallego.—D. Juan María Maury.—D. José Joaquín de Mora.—El Duque de Frias.—D. Francisco Martínez de la Rosa.—El Duque de Rivas.—D. Manuel Breton de los Herreros.—D. José García de Villalta.—D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—D. Ventura de la Vega.—D. José de Espronceda.—El Marqués de la Pezuela.—El Marqués de Molins.—D. Eugenio de Ochoa.—D. Leopoldo Augusto de Cueto.—D. Pedro de Madrazo.—D. José Zorrilla.—Don Ramon de Campoamor.—D. Antonio de Trueba.—D. Ventura Ruiz Aguilera.—D. Francisco Zea.—D. José Selgas.—D. Antonio Arnau.

Memorias sobre el Riff, su conquista y colonización: obra original, interesante á las naciones civilizadas, y en particular al ejército español. Dála á luz su autor *Ignacio de Abenia Tawre*.—1858, en 8.º Precio en Madrid, 6 reales; en provincias, franco de porte, por el correo, 8 rs.

La Dama de las Camelias, por Alejandro Dumas, hijo, con un prefacio de Julio Janin: linda novela traducida por Manuel Carrillo Aguirre, é ilustrada con preciosas láminas por GAVARNI.—Un magnífico tomo en 4.º; impresión esmeradísima, hecha en París, y encuadernado en tela á la inglesa. Precio, 80 rs.

Histoire du merveilleux dans les temps modernes, par Louis FIGUIER. Paris, 1860. 2 vol. in-12, 30 rs.

Introduction.—Les diables de Loudun.—Les convulsionnaires jansenistes.—La baquette divinative.—Les prophètes protestants.

Agenda spécial des architectes et des entrepreneurs de batiments pour l'année 1860; tablettes de poche pour tous les jours de l'année; 10,000 renseignements. Paris, 1860. 20 r.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
—editor responsable y propietario.—

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Cura de un moro herido, hecha por un médico-cirujano español despues de la accion del 4 de febrero último.

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 129.—*La Hija de Antonio Perez*, por D. Pedro Escamilla, pág. 133.—*Historia ilustrada de la Guerra de Africa*, pág. 135.—*De la Guerra en Africa*, por el general Yusuf, pág. 137.—*Seccion religiosa*, pág. 138.—*Seccion científica*, pag. 139.—*Crónica extranjera*, pág. 140.—*Crónica española*, pág. 141.—*Revista musical*, pág. 142.—*Critica teatral*, pag. 142.—*Bibliografía española*, pág. 143.—*Boletin bibliográfico*, pág. 143.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

CHAMBERI DE MADRID : 1860.—Imp. de Bailly-Bailliere.